

POESÍA III

JENS BÜCHER

A Jennifer

El Muchacho	3
El Músico	63
El Dibujante	147
El Viejo	213
El Pintor	277

Poesía III

Jens Bücher

2005-2010

Der.Res.: Jens Bücher

No.Inscripción: 195740, 195742, 195743, 195741, 195745

Santiago, Chile

www.persona.cl

www.bucher.cl

EL MUCHACHO

(ALTAMIRA)

I

Grandes arcos cubren tus párpados,
las cejas hirsutas
casi esconden tu mirada
hacia el valle delante de ti -
serio observas el lento ir de la tarde,
el cambio de luz, la brisa, el camino.

Te has apartado de mujer y niños,
de tus amigos en caza y juego,
te has alejado
presionado por ese algo en el pecho,
por ese gusto amargo en la boca,
por sentir lo nuevo
que madura incierto
en las manos o en la vista o en el oído,
eso nuevo incierto
que se mueve y viene.

Miras, esperas, dejas que sea.
Pájaros se persiguen,
animales cruzan entre árbol y arbusto,
la brisa se aquieta
en pausas largas más y más.

Tal vez te echan de menos
atrás junto a la encina,
quizás los niños quieren
que vuelvas ya.
Pero tu mirada
no quiere soltar el valle,
insiste en quedar
en lo amargo del gusto,

en la luz ahí delante,
en el silencio maduro
de eso incierto
que no encuentra voz.

Has vuelto al fin.
En medio de la familia
te sientes extraño,
de a poco entibiando el corazón,
en las manos olvidando el valle
y ahora tocando niño y mujer.

En la oscuridad de la noche
van las imágenes del valle
por tu mirada de ojos cerrados,
siempre casi ensamblando en patrones,
pero levemente desplazados de nuevo,
casi, casi diciendo lo esperado
y de nuevo
fluyendo en colores y tiempos,
casi tartamudeando,
ahora sí, ahora no,
tu valle querido.

II

Has inventado tanta cosa, por dios,
y mejoraste aquí y allá
tazas, platos, el fogón encerrado,
botas, carbones, tierras de colores,
el techo entre los árboles,
las piedras de tallado,
has mostrado estrellas y vientos,
el ir de las manadas,
si donde has puesto tu atención
algo distinto salió a la luz,
de tu paciencia, de tu cariño
emergió tanta cosa más fácil,
que ahora, quién lo recuerda,
el pasado sin ti, vivir es distinto.

¿En qué andará ahora tu corazón?
¿Será la bondad, los niños, sanar?
¿Será un flujo de la vida,
lo sacro, la gracia, o gratitud?
¿Quizás será la duda,
quizás lo dulce del amor?

O es el silencio
que madura lo inesperado
en tu corazón inquieto,
la noticia que expresa por fin
lo de todos los tuyos.
Quién sabe.

Juegan en torno a ti, gritan,
piden tu atención, ríen, corren,
y tú vas quedando atrás.

¿Quién te hizo tan serio?

III

¿O es tu corazón
la fuerza que atrae, muta y suelta encantada
la nueva realidad?

¿De cuántas lluvias está hecha tu felicidad?
¿A partir de cuántas ganancias
se deprimió tu alma?
Quizás tu sufrimiento
hizo crecer los árboles junto al río,
o la desolación nutrió
la dulzura de los amantes.

Entonces eres quien transforma, tal vez,
quien dibuja contra la roca
ciervo o caballo
pastando o huyendo,
quien reza el sentir invisible
de todo lo visible,
el cantor que expresa consciente
y crea de nuevo
lo que ya ha sido una vez.

IV

¿Eres tan solitario como pareces?
¿O es tu vida transformadora
un prolongado orgasmo con tu mujer,
una penetración enamorada
de todo cuanto hay,
el compromiso viril último, engendrador,
incapaz de toda soledad?

Tu bosque está hecho de reverencia,
de distancias que unen,
de un amor que todo lo sostiene -
estos tus pasos solitarios
que van hacia ella o de ella te alejan,
cual ella fuese un centro,
el centro de tu vida creadora.

Pareces solitario en tu adulta seriedad.
Pero, claro, cómo podrías serlo.

V

Llevas tres días ya
perforando estos huesos
con tus manos toscas y fuertes.
Soplas, perforas, ensayas,
perforas en busca del tono,
en busca de lo limpio al oído.

Alguien antaño
te mostró el invento
y tú no olvidaste.

Has pasado tu vida
imaginando el juego de tonos,
las cadencias, el imitar del corazón.
¿Qué quieres expresar?
¿Decir el viento
sobre las olas en verano,
o furioso en invierno
cuando remece los árboles?
¿Anhelos, renunciadas, conquistas?
Y soplas de nuevo.
¡Ahí, ahí!, casi fue trino,
jugando, mira, emergió en tonos
la insistencia de tu corazón hambriento,
la marca de tu seriedad enamorada,
el ritmo de tu ir conquistador.

Pero mirando hacia atrás ahora,
por encima de estos tus días ocupados,
de cuán lejos vino todo esto.

¿No fue tu abuelo
quien te dijo los primeros tonos

en su flauta de tres hoyos?
¿Y quién fue el abuelo de él?

Desde lejos.
Un linaje de enamorados.
Estatuillas, pinturas, tonos.
Tejedores del sufrir y de la dicha,
pacientes poetas
de silencio y gestos,
amantes de todo lo que es,
qué privilegio
saber de esta historia
y en tus cejas sobresalientes
intuirlo hacia tus descendientes,
claro, qué bello.

VI

Emigraste antaño
de entre quienes fueron los tuyos,
expulsado expulsante.
No más un día, y te fuiste.
No más juegos de poder,
de odios y ritos,
de culpas y maniobras, lejos,
querías estar lejos
de palabras a espaldas,
de caras torcidas
y de miradas coludidas.

Sufriendo te fuiste,
lentamente
sufriendo
te fuiste.

Buscaste espacio
para querer y
ser querido,
para callar y crear.

De entre los tuyos
te fuiste, lentamente.
Y de tu sufrimiento emergió
este espacio de paz aquí
en tu nueva familia,
este espacio de paz
con que inundas cuando miras
con tus ojos claros.

VII

Vienen a ti, desde lejos vienen a ti,
por hierbas,
por una mano sobre el vientre,
vienen a decir y a escuchar
y te traen recuerdos y cariño.

Creen que sanas y te buscan.
Te confían pedazos de sus vidas y se van.
Te cuentan su sabiduría,
su generosidad y sus quebrantos.
Se levantan y se van, nuevos, más fuertes,
y creen que fuiste tú.

Ves y callas.

Pero en tus oídos después
vas componiendo
los caminos del corazón,
las lágrimas, las sonrisas,
los tonos del alma
cuidadosamente
emergiendo del fondo silencioso.

VIII

Tam, tamtam,
tam, tamtam,
tam, tamtam -
chicas hipnotizadas,
chicas concentradas,
un giro, otro giro,
tam, tamtam,
los brazos abiertos
en lento ascenso,
el pelo, tamtam,
el pelo, tamtam,
las caderas en giro,
tam, tamtam,
sus ojos encantadores,
tam, tamtam,
pudor y dulce fuego
transformando tu tambor
en vino
que embriaga corazones.

Tam, tamtam,
muy adentrada la noche,
tam, tamtam,
chicas elegidas,
chicas conquistadas,
de tu tambor
emergen historias,
encuentros felices
entre ayer y mañana,
tam, tamtam,
avanzando hacia más y más,
cauces, corrientes,

ríos persistentes e inquietos,
tam, tamtam,
más, más,
ritmo inacabable
en corazón y valle,
tam, tamtam,
chicos y chicas,
hoy hacia más y más,
hoy de nuevo
hacia más, hacia más,
tamtam tu humilde tambor,
tamtam tus manos seguras,
las chicas
hipnotizables hipnotizadas
y sus vinos de dulzura
tam, tamtam
hacia más y más.

IX

Ahí estás, mirando
por debajo de tus cejas grandes
la lontananza de mil verdes,
entretejiendo las blandas historias
de un corazón que no para,
los anhelos, los recuerdos,
las olas y mareas de la sangre,
mezclando gratitud y felicidad,
pérdida y pena,
hilos poderosos
de un tejido aún desconocido,
tu mirada despierta
diciendo reverencia
hacia los verdes lejanos,
una sinfonía naciente
desde tu ladera del cerro,
este flujo voluptuoso
en tus oídos musicales.

X

Todo rima en ti, voz, andar,
tus piedras, los carbones y las grandes figuras,
en todo se dice de igual manera
la claridad de tus ojos,
la inocencia de tu tiempo intenso,
la fuerza con que dejas que todo sea.

Está también bajo el techo,
en los útiles que hiciste,
este tu impulso a ir con el tiempo,
a no frenar lo que viene
y ya está en medio de tus horas.

Está en tus hijos, en sus juegos,
en su curioso preguntar,
está tu estilo, tu experiencia,
y en tu mujer cuando piensa en ti,
tu permanente ir,
tu ir sin descanso
hacia la expresión de quien eres
tan convencidamente.

XI

Tamtam, tamtam, tamtam
va tu tamborcito
- alocado -
corriendo hacia el futuro,
quién lo baila,
tamtam, tamtam, tamtam
tus manos ligeras
- frenéticas -
asustado asustando,
el baile desconocido.

Tamtam, tamtam, tamtam
las voces del corazón
explotando
su fuerza enamorada,
quién se atreve,
tamtam, tamtam, tamtam
chicas y chicos
- rápidos -
ahora lo pueden,
sí que lo pueden,
el baile veloz.

Tamtam, tamtam, tamtam
hacia el bosque
entreabierto
va el ritmo poderoso,
giros y golpes,
tamtam, tamtam, tamtam
enamorados amantes
hacia el bosque

va la explosión
del corazón agitado.

Tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam

XII

Entre los pinos
miras hacia lo alto
siguiendo el perfil
de sus troncos elegantes,
hacia la luz delicada arriba
apenas visible
en el cielo distante.

Y con la mirada
atenta hacia la altura
percibes el aire
entrando erguido
a tu cuerpo
despierto.

Recuerdas de niño
observar la lluvia
caer desde las nubes
a tu carita
sorprendida.

O hacia el futuro
imaginas subiendo
tus convicciones
queridas.

De pie,
erecto,
como rezando.

XIII

Cuando juegas con tus hijos
ya ves quiénes serán
cuando grandes,
sus estrategias, sus tácticas,
sus preferencias llenas de ganas,
sus modos inocentes
al ir al encuentro
del día desplegado.

Ordenan y dejan ser,
crean, osan,
coquetean y aprenden,
hacen alianzas
y estudian,
riendo van
y se dan.

Pero tu mirada
una vez y de nuevo
vuelve al entorno peligroso,
a ver si son seguros
los minutos sueltos,
si valen otro más.

Quieres verlos perdurar,
que nada interrumpa
su vulnerable crecer,
y puedan de adultos
- mañana -
expresarse como tú.

XIV

Sufrir
es como greda en tus manos,
apretando juegas
con su plasticidad vulnerable,
giras y retomas,
nuevas formas de la misma pasta,
figuras del sufrir
que se expresan
ahora entre los dedos sensibles.

O
es como sonidos en el oído,
como un ritmo espiritual
de todo lo perdido,
de todo lo que no ha sido ya,
melodías inocentes entrecruzadas
en los golpes de tu tambor,
flujos musicales
llenos de tu sentir
ahora apesadumbrado.

Mirando
hacia la distancia
de tu valle querido
se mezclan
imágenes de ayer y mañana,
un gran querer
de lo que no está
pero que llegará
si ahora no cejas.

XV

Ha sido tu vida así -
allá desde tus días de niño
hasta ahora
en la infancia de tus propios niños,
un querer sentido y fuerte
en el pecho juvenil,
un mirar hacia delante
por encima de lo dado,
hacia lo difícil, hacia lo nuevo,
osando, haciendo, errando,
creando lo obvio,
la manta de cuero,
el cuchillo de piedra, el plato,
tu tambor afinado,
siempre más,
siempre lo desconocido,
como rima de tus horas,
entrecortada tu seriedad
por horas oscuras
que nunca quieren terminar alguna vez,
o por risas alegres
que dicen más de ti que todo lo otro,
hacia el futuro
desde hoy,
desde tus cejas oscuras,
desde tus horas intensas
en todo lo que eres.

XVI

Bajaste al valle
y seguiste el curso
hacia la playa distante,
tu hijo de cerca
siguiendo tus pasos.

Asombrado
saltando detrás de ti
fue preguntando
menos y menos cosas
y pronto calló.

Jugaron horas
en las olas
saladas
tomándose y soltando
y siempre riendo.

De noche
parecía soñar,
madurando quizás
las olas grandes
y la sal.

XVII

Apoyaste la cabeza
en su pelvis adorada,
y observando las estrellas
te estuviste asombrado
mirando y mirando.

Después de una lluvia
es más clara
la profunda distancia,
está cerca lo lejos,
casi como ahí.

Quizás
construyes con tu tambor
un paseo musical
al centro
de la noche querida.

O
el ritmo de los golpes
te hace más fácil
decir la belleza
profunda.

XVIII

Nunca
supiste resolver
la convivencia junto a la pandilla,
no quisiste nunca
entrar a jugar
sus juegos astutos,
el uno contra el otro,
nunca entendiste el placer
de vencer al asustado,
de salir airoso
de la pérdida del otro.

Te fuiste.
Habiendo tanto que vencer
para que todos venzan.
Saliste a la llanura,
a la distancia solitaria
llevando a los tuyos
entre bosques
de sorpresa,
de peligros desconocidos
y de olores inmensos
de pánico o dulzura.

Emigraste hacia la luz
durante esas semanas estivales,
cruzaste colinas,
seguiste senderos de animales,
casi intuyendo ya
tu futuro querido valle.

Lo supiste allí arriba,
cuando se abrió

ante tus ojos atentos
el paisaje amplio, verde, casi infinito,
este es el lugar
de caza y vida,
amor y juego.

Excitado bajaste
hacia lo ignoto,
parecías ya saber
tus años de frutos por venir,
las muchas cosas por hacer,
las ganas de ayudar
y los golpes a dar
a tu pequeño tambor de cuero.

XIX

Enamorado
cruzas las horas del día,
vas a la piedra,
al cuero o a la lanza,
sales a buscar o recoger,
juntas o juegas,
el corazón entregado
al despliegue del presente,
caliente, entretenido,
todo es música
en tu piel sensible,
todo es olor
a tu conciencia despierta,
todo es luz
a tus ojos abiertos -
y al cerrarse
tu vista en la noche
la dulzura del sueño
te derrite en gratitud,
muchacho feliz.

XX

Ágil, hacendosa, alegre,
cuán confiada se entregó
a tus caminos inusuales,
a tus intuiciones
o a la dirección que elegiste
de entre todos los tiempos.

Admiras su belleza,
su vientre, sus ojos,
sus manos diligentes
corriendo sobre las mil cosas
con que hace fácil y bello
vivir y respirar
o atender a los niños.

Sorprendido vas a su lado,
tratas de entender
su naturaleza distinta,
su sentido femenino,
y cuando crees que lo logras
ya no es,
lo nuevo te sorprende
y no sabes.

Pero tendidos al sol
o en la oscuridad de la noche
la abrazas sapiente
y ella
contiene tu fuerza -
hasta abrirse entregada
como lo hace de día
el valle a tu vista.

XXI

De a poco
han venido a tus parajes
los tranquilos,
en parecido ánimo al tuyo
salieron de entre los suyos,
y ahí viven ahora,
y las mujeres gozan juntarse
e intercambian y ríen,
y tu haces amigos con ellos
y se confían.

Donde antes
merodeaban fieras
hoy juegan niños,
donde en los bosques
oías pájaros y grillos
hoy suena tu tambor
en música o danza.

Amistad.
La selva es distinta
en tu corazón sorprendido,
la caza es fácil
y los niños juegan
juegos nuevos
entre todos ellos.

XXII

Has mirado incansable
esta naranja a medio comer,
qué haces, qué piensas,
tu mirada paseando intrigado
por encima del brillo repleto
de la ácida dulzura,
pensando, meditando,
gozando el color de la cáscara,
este el color de tu corazón,
de tus convicciones
más alegres y fuertes,
el color de vida y placer,
de salud y fuerza,
color nacido en su luz
como desde tu propia intimidad,
porque cómo puede ser tan tuyo
sino siendo tú mismo –
o lo amargo o lo dulce,
quién sabe qué te tiene ahí
dejando que el tiempo
pase arriba de tus manos
como las nubes primaverales
arriba del pasto, de los arbustos
y de tu tambor ahí a tu lado.

XXIII

Tammm, tammm, tammm,
tatatammm, tatatammm,
tu tambor de nostalgia
o de dulces amores
va girando y girando
su mensaje de aire,
tatatammm, tatatammm,
y de gracia coqueta
tatatammm, tatatammm,
retenida a veces,
tammm, tammm, tammm,
y de nuevo fluyendo
tatatammm, tatatammm,
invitando a venir,
las muchachas calladas,
los muchachos atentos
lentamente llegando,
es un baile, es música,
o será poesía,
tammm, tammm, tammm,
tatatammm, tatatammm,
este nuevo sonido
enseñando los giros
femeninos y dulces
a caderas graciosas,
tammm, tammm, tammm,
tatatammm, tatatammm,
tu tambor juvenil,
tu tambor adorable,
tammm, tammm, tammm,
tatatammm, tatatammm,
tu tambor, tatatammm.

XXIV

Bramaba el pequeño,
gritaba la ausencia
de su madre ida –
y le llevaste agua
en tu bolsa de cuero.

Bebió y quiso más.
Otra bolsa de agua
fue la amistad.
Te siguió al agua
y después te seguía
donde fueras.

Sobrevivió los días duros.
Iba junto a los grandes
pero venía a ti
y acercaba su cabeza
a tu mano, a las piernas,
te tomaba el olor.

Los bisontes se alejaban,
a los meses volvían.
Y tu amistad creció
junto a tu amigo
cada vez más robusto,
este amigo infantil, fuerte
y gentilmente curioso.

Junto a él
ingresaste a la manada,
fuiste uno más junto a ellos,
en paz aceptaron tu porte,

tu figura erecta y tranquila
en medio de todos.

Incluso de adulto más tarde
venía a ti y aguardaba
que acercaras tu brazo, tu mano
a su nariz tibia,
y mirando atento
dejaba ser.

Lo viste durmiendo un día,
gozaba su siesta
en el sol de la tarde.
Parecía un chico de nuevo,
encorvado como estaba
la cabeza entre los pies.

Su piel café era roja
y las manchas oscuras negro,
así como la luz
contrastaba el verde brillante
de hierba y pasto.

Dormía.
Su imagen amiga
entró a tu conciencia
y se hizo un hogar
de fuerza y paz
en medio de ti.

XXV

Les diste nombres.
Descubriste el carácter
de uno en uno,
el tiempo que les tomaba
dejar que te acercaras,
el lugar del cariño,
la espalda, el vientre,
la frente o la nariz,
algunos nunca quisieron
que los toques,
de a poco te fueron diciendo
sus modos de ser.

Te sentabas a verlos.
Durante las lentas horas
de su interminable mascar
esculpiste sus volúmenes
en tu alma tranquila,
marcaste sus contornos
sobre superficies del sentir.

La lentitud de tu andar
te hizo uno de ellos.
Cuando te ibas finalmente
tu amigo te miraba
o se acercaba otra vez
y te tomaba el olor.

XXVI

Todo fue tela para ti,
la arena en la playa,
el barro,
los troncos de los árboles,
cueros usados mil veces
o las rocas,
verticales o tendidas,
todo fue tela,
lugar de prueba,
lugar final,
recreaste en ellos
tus animales queridos,
tus animales hermanos,
sacaste de las superficies
el lenguaje de las aristas,
de colores y sombras,
arrancaste del silencio visual
la expresión
de tu enamorada fuerza,
imprimiste
sobre el presente
la validez de tu sentir.

XXVII

Querías sonidos más bajos,
golpes más profundos,
querías reflejar
en la oscuridad del tono
la base de nuestro vivir,
querías decir
el ir y el venir
de lo que nos es,
los vientos otoñales
antes que comience el frío,
o de vuelta,
saliendo del invierno,
la gravedad
que nos genera.

Huesos más largos,
un tambor más grande,
cuántas cosas
te tuvieron ocupado
durante horas y días,
en busca del sonido
viril.

Y ahora
que lo tienes por fin
sales a caminar,
dejas todo botado
y respiras en lo alto
de tus montañas aireadas
la belleza de tu valle
allá abajo.

XXVIII

Fueron juntos todos
a la playa abajo,
amigos, amigas, niños,
vamos al agua,
vamos a la arena,
hagamos juntos el día
jugando bajo el sol.

Desde lejos se unieron
al paseo veraniego,
expectantes, alegres,
trajeron útiles, fruta,
historias nuevas,
inventos entretenidos,
incluso un pájaro herido
y muy joven para volar.

Cazaron, pescaron,
el día estuvo precioso
de risas y gritos,
comida y locuras,
y en la tarde
querían quedarse.

Alguien te preguntó
por tu tambor,
pero no lo habías traído,
no querías mezclar
música y mar,
expresión y libertad,
hoy quisiste sin tamtam,
hoy quisiste
todos juntos.

XXIX

Supiste antaño
el círculo maravilloso
que movía tu vida
a través de calor y frío,
de oscuridad y luz,
el progreso sinuoso
desde el ayer
hacia el día que viene,
paulatino, lento,
como ganas de lo nuevo,
poco a poco
diciendo su verdad.

En las estrellas
lo supiste para siempre,
cómo en giro
cambian de lugar,
en el sol,
en la luna misteriosa,
y en tu amiga
alegría y enojo
yendo y viniendo.

Así giran también
sus caderas preciosas
cuando golpeas
tu tambor maravilloso,
tatatamm, tatatamm,
ebrio de este amor
que vuelve y vuelve,
como giro

siempre vuelve,
de nuevo y de nuevo,
tatatamm, tatatamm,
tamm, tamm.

XXX

Tu tambor grande
va diciendo
fuerza y sorpresa
de otro modo
al bosque sorprendido,
sus golpes viriles
resuenan lejos
entre los árboles,
o por encima del valle
viajan lejos,
pommm, pommm, po pommm,
pommm, pommm, po pommm,
pommm, pommm, po pommm,
majestuoso saludo
de la sangre indómita
cruzando oídos,
atravesando conciencias,
y ellos,
girando, preguntando,
qué es, dónde.

Pommm, pommm, po pommm,
tu corazón serio
golpeando sus latidos
al cuero inmenso,
mostrando vigoroso
el ir
de tu alma madura.

XXXI

Gozas dormir.
De día, de noche,
apenas se da la hora
te dejas ir
a lo dulce, a lo profundo,
a la quietud
plena y satisfecha.

En el sueño
sumerges tus inventos,
tus ideas inconclusas,
tus anhelos inciertos,
dejas ir,
suelas para siempre
lo que tenías asido.

La oscura marea
se lo lleva de ti,
te devuelve a lo pobre,
a la tibia desnudez,
te cubre y convence
en su modo blando,
íntimo y total.

En esta paz
una ola de ti
termina de llegar
y se transforma –
mientras una nueva
ya se anuncia
paulatinamente.

XXXII

Montañas,
colina y valle
y más abajo el mar,
este es el hogar
que elegiste años atrás
para desplegar
tus intereses
entretenidos.

Casa
hizo bosque y playa,
un lugar
de vida y acciones,
el declive
en que prosperan
mujer y niños
y se escucha
un tambor.

Zona
de bisontes y encinas,
suaves pendientes
hacia agua y sombra,
hacia el sol, la luz, estrellas,
espacio
de fresas y manzanas
deliciosas.

Tiempo
en el que sumerges
las raíces
de tu sentir despierto,

momento
en el que hundes
la expresión
de tu carácter.

XXXIII

Lentamente
te apropiaste de la caverna.

Todos querían entrar,
conocer por sí mismos
el extraño hallazgo,
no había espacio ni tiempo
que diera cabida
a tanto grito y juego
en la extraña oscuridad,
los osados contaban
de pasadizos secretos
muy adentro,
de sombras y monstruos,
de huellas de oso y
tenebrosas formas.

Algunas muchachas
cocinaron y conversaron
al resguardo de la lluvia
en las semanas que siguieron,
niños jugaron aún,
pero de a poco volvieron
a la luz y el viento,
a la vida
amplia y conocida.

Lentamente
fue tuya.

XXXIV

La tempestad
del corazón.

No querías salir.
Días al comienzo,
semanas después, meses.
Tu amiga te pedía,
te decía no más antorcha,
no más colores,
vamos afuera,
volvamos
a los días de antes.

Rojo, negro, ocre,
buriles, pinceles,
otro, aquí,
no demoro mucho,
espera, alumbra,
ya vamos –
los días de tormenta.

Tus bisontes queridos.
La amistad callada
de estos animales poderosos
y cuidadosamente tolerantes.
Sus modos individuales.
La red que los une
y que a veces te incluía
silenciosamente.

El ser y participar,
reverencia a mediodía,

la experiencia indecible.
Volúmenes y vida.

Lloraste a veces al pintar,
gotas de felicidad
cayendo a la barba,
suspiros profundos
que a ella la asustaban,
la abrazabas
y se amaban
en la húmeda oscuridad.
Pero se cansaba,
es verdad,
y quería volver.

Solo.

La tormenta.
Hombros poderosos,
cuellos hechos de fuerza,
cuernos, pechos, ancas,
hembras grandes, atentas,
machos majestuosos,
otro aquí, aquí delante -
tiempo sin tiempo.

No sabe la sangre
de dónde viene,
a dónde va,
siempre pujando,
presionando adelante,
de nuevo empuñando
piedra o pincel,

diciendo la vida
en el techo,
diciendo tu vida
de amor y convicción
en trazos, tierras, carbones,
la vida de tus amigos
adorables
afuera en la pradera.

Saliste.
Cielo y bosque
estaban ahí mismo,
más chicos tal vez,
más luminosos
en toda la luz del valle,
y tú cansado,
casi sonámbulo,
apenas sonriente.

Fueron juntos
después, a veces,
en los meses venideros
te acompañó al espacio
tan de ambos
y se estuvo mirando
a tu lado,
asombrada.

Y tú,
ibas serio tú,
muchacho enamorado.

XXXV

Te acercaste acechando,
como quien va de caza,
de a poco avanzaste
y pudiste verlo.

Tu hijo mayor
se había alejado,
tamtam, tamtam,
y aquí solitario
en medio del bosque
buscaba expresarse
en tu pequeño tambor,
tamtam, tamtam,
sus manitos
dando golpes
al cuero estirado.

No era parejo,
pero ya lo hacía sonar,
sabía ya soltar
el tono al aire,
buscaba ya
lo limpio, lo claro,
el gusto de la gracia,
tamtam, tamtam.

Orgullo y felicidad
detrás del árbol,
joven padre,
en medio del bosque,
tamtam, tamtam,
espiando.

XXXVI

Corteza, hojas, flores,
cáscara, pulpa, semillas,
raíces innumerables,
iba todo a la lengua,
a tu gusto indagador,
y unías
a la memoria de personas
o proyectabas sus caras
con esto o esto.

A veces llevabas
hierba o fruto
donde alguien débil,
frotabas o dabas a mascar,
y la anciana se sentía mejor
o un viejo te daba las gracias.

Incluso los niños
a veces
salían antes de la fiebre
o volvían a comer.

Cambiaste tu bolso
por uno más grande,
ahora llevabas más
y los olores
se mezclaban y sumaban
e invitaban a más.

Incluso el mismo cielo
parecía erguirse
cuando aspirabas
los aromas exquisitos.

XXXVII

Volviste
a tu sala preciosa,
como olas
de una tormenta que ya fue
te venían ganas
de hacer aquí, de hacer allá,
de sostener el buril,
de impregnar tus carbones,
tus tierras
al techo voluptuoso.

Tu amiga entró,
quiere sostener la antorcha,
que seas más libre –
asombrada mira lo que haces
pero calla.

Su suavidad te conmueve.
Pronto has soltado tus cosas
y la abrazas con ternura.

Afuera de la gruta
cae la lluvia.
La tarde se va
entre besos y cariños.

Cuando salen a la noche,
a las primeras estrellas
visibles entre nube y nube,
aún llevan en los labios
gusto a manzana.

XXXVIII

Tuviste un invierno
muy largo una vez,
todos estaban cansados ya
del frío y de la nieve,
el viento seguía botando
los copos delicados
sobre árbol, pradera y camino.

El invierno
parecía llamarse leña.
Traían ramas y más ramas,
juntaban troncos, raíces,
todo iba al fuego,
de noche, de día,
conversando o en silencio,
a las llamas rojo-amarillas.
Traían animales caídos
por vejez o frío,
trabajaban mantas, paredes,
cocinaban, jugaban,
inventaban cosas,
lazos, bolsas, lanzas, anzuelos,
buriles, pinceles,
tierras y carboncillos,
pero ya nadie quería más.
Soñaban con el sol,
con los juegos felices
en la luz brillante
del verano rezagado.
Mirando a través
de los copos descendentes
parecías intuir
la fuerza que venía.

XXXIX

La primavera
pareció una explosión
de vigor y colores,
todo crecía y brillaba,
la felicidad abarcó
familia, árbol y riachuelo,
el mundo
fue amplio de nuevo
y decidieron viajar.

Visitemos
a nuestros amigos
aquí y allá,
veamos caminos y manadas,
salgamos a conocer,
vamos a lo lejos
pasadas las colinas,
cruzamos ríos,
caminemos para siempre.

Fueron dos meses
de riqueza sobre riqueza.
Amistades preciosas
de simpatía y genio,
generosidad por delante,
niños jugando,
paisajes desconocidos
ingresados a la intimidad
del corazón.

Llegaron distintos
a la encina hogar.
Sacaste el tambor
y sabías qué hacer.

XL

Al otro día
fuieste a la caverna
tu tambor grande en la mano,
el chico en la otra,
excitado ibas, apurado,
a conocer tu destino
allá dentro de lo oscuro,
a salir de toda duda
musical.

Te sentaste
a la entrada de tu sala querida.
Tensaste los cueros,
probaste, amarraste y ya.

Pommm.
Sonaba muy fuerte
y el eco te repetía,
pommm,
grandioso y viril,
pommm, pommm,
la columna espiritual.

Tatammm, tatammm,
pommm,
tatammm, tatammm,
pommm,
pommm.

Silencio.
Pommm.
Eco.
Silencio.

Po pommm.
Eco.
Silencio.

Po pommm.

Toda la mañana.

Pommm,
pommm en lo oscuro,
pommm en la piel,
pommm espiritual,
po pommm,
po pommm.

Tu amiga y otros
esperaban a la salida
con grandes ojos
y querían saber.
Pero tú no quisiste
decir.

XLI

Te sentaste
al borde de la manada,
junto
a tus bisontes queridos.
Comían tranquilos,
un paso aquí,
un paso allá,
todo el tiempo a su lado.

¿Qué hay de ti en ellos,
de ellos en ti?
¿Qué atrae tu atención
a sus hombros altos,
a sus ojos blandos,
a sus pechos de fuerza?
¿Es su seguridad,
su confianza al comer,
es el aire relajado
que los envuelve?

Lentamente se alejan
y tú les sigues,
vuelves a unirte
a su cercana red.
Las horas se esparcen
hacia la lontananza,
pero tu conciencia
se yergue hacia arriba
en admiración y paz,
en devota claridad.

XLII

La admiras.
La quieres.
Pero el pudor
cierra tus labios,
te impide decir
lo que ella
adora escuchar,
lo simple,
lo importante,
día a día
y de noche.

Dices que está
en el tambor,
en los colores,
en el valle
que has elegido,
en tu mirada
y tus pasos,
que está en todo,
pero ella sonrío.

Entonces
lo haces,
lo dices
claramente
y le miras
a los ojos,
pero
ella suspira
y de nuevo
sonrío.

XLIII

Tu corazón va inmerso
- pommm -
en lo serio, en lo claro,
va en un volumen espiritual
¡pommm!
subiendo trascendente
hacia más y más
¡pommm!
llenando el silencio
que recoge
receptivo y cóncavo
¡¡pommm!!
hacia arriba más -

o pommm delicado,
pleno de alma,
- pommm -
atento, venerando,
- pommm -

¡¡pommm!!
viril, grande y amplio
va vigoroso
¡¡pommm!!
subiendo desde el pecho
hacia el espacio arriba
sacro y majestuoso
¡¡¡pommm!!!
limpio, fuerte, serio,
hacia más y más -

ahora blando de nuevo,
- pommm -

ahora dulce,
- pommm -
tu corazón excitado,
muchacho espiritual,
- pommm -
va hacia el aire estival
en que se expresa
tu vida enamorada,
- pommm -
- pommm -
pommm.

XLIV

Estabas sentado
cruzado de piernas,
las manos tomando arena
y entre los dedos
dejándola ir.

El mar estaba brillante
de la luz del mediodía,
las olas venían a la playa
volcando su impulso
en blanco y ruido
hacia cerca de tus pies.

Observaste las gaviotas
sobrevolar la rompiente
de izquierda a derecha
y después de vuelta,
sus alas bien abiertas
y sus cabezas
levemente giradas.

La belleza del momento
te tenía contento,
mirando y sintiendo,
escuchando,
la arena deslizándose
entre tus dedos.

XLV

Un día te fuiste.

Tu amiga te lloró
delante de amigos e hijos,
no sabía parar.

Tus hijos adorables
te echaron de menos
y miraban a mamá.

Tu valle querido
quedó huérfano de ti
por tiempos inmensos,
nieve y sol,
playa, caverna y río,
los bisontes tranquilos
que tanto quisiste
no te encontraban
en ladera o pradera,
y tus tambores
se cubrieron
de polvo.

Tal vez un día
un hijo tuyo
retome tu música,
y enamorado lo diga
tam, tam, tam, tamm,
temeroso se le salga un
popopo pomm,
o cante sereno
pomm, pomm,

mensajes viriles
volando sobre el bosque
de un valle querido,
tamm, tamm, tamm,
la música del vivir,
tatatamm,
tamm.

EL MÚSICO

Saltaste al podio apurado,
chaqueta suelta y cabello al viento,
- no se acostumbra así -
miraste a los músicos a los ojos
y te largaste osado.

Hubo pocos que iban contigo,
pocos al comienzo confiados,
o entusiastas, convencidos,
pero su fuerza bastó,
y la música conquistó,

quebró la inercia precavida
de quienes querían seguridad
para sus mentes pusilánimes,
arrasó con ellos también
y comprometió sus corazones.

Hiciste que sus manos canten,
hiciste que no sepan de sí,
tocaron hipnotizados
y de emoción en emoción
brillaron sus instrumentos.

Sobre la sala receptiva
se derramó tu discurso musical,
ondas preciosas, despiertas,
plenas de verdad
hasta el mismo final.

Estabas tomado aún por lo serio,
pero ya se movía la orquesta
y ahora a ti miraban a los ojos,
maestro, cómplices, agradecidos,
pudor y orgullo en sus miradas.

Encontré tus cuadernos
sobre mesas y sillas,
en librerías, arriba del piano,
en un orden sólo tuyo.

Leí por horas tus notas,
tu música comenzada,
tu música entrecortada,
y a veces completa.

Tu música del ser,
la música del vivir,
mostrando lo de estos animales
dotados de ritmo

más que de caos,
de armonía más
que de azar,
y de fuerza bella.

Lo sabías de niño:
pero ahora fuiste
y en las notas
lo habías escrito.

En la esquina del pentagrama arriba a la derecha
anotaste con notas ilegibles casi
lo que más tarde reconocí en los oboes,
después en los fagotes, en los cornos,
crescendo escribiste, en los cellos,
y entrecortadas por el timbal
emergieron en la orquesta entera,
melodía dulce y fuerte
contando tu amor por la vida,
tu visión comprometida, total,
la reverencia agradecida
por encima de sufrimiento y pena,
más allá de frustración o vacío,
la aserción de lo propio,
tu versión íntima de lo real
ahora volcada sobre esta página
en uno de tus cuadernos.

Leyendo en tus papeles
me sorprendo
de la reserva con que escribes,
de la simpleza, de la humildad
con que expresas en los instrumentos
la corriente de tu corazón,
la arrolladora voz
de acordes armoniosos,
de ritmos gruesos y sincopados,
de melodías aquí y allá,
voz escrita casi con nada,
como sin tiempo para más,
una abstracción emotiva,
una leyenda de piel,
una fórmula hormonal:
tu verdad fluyente.

Somos animales
no menos preciosos
que cualquiera allá,
pero tú lo supiste mejor
que todos nosotros.

Tú supiste
de nuestras nostalgias,
de nuestras renunciadas,
de nuestro silencio
en medio de soledades.

Cantaste
alegrías contagiosas,
por nosotros levantaste
más allá de la hora
la voz poderosa.

Lo dijiste
de pauta en pauta,
cruzando registros
y con ritmos
en giro avanzando.

Expresaste
nuestra verdad animal
con el cariño desbordante
de quien admira
y no para de admirar.

Supiste
antes que nosotros
- mejor que nosotros -
la sangre caliente
de todos los hermanos.

Supiste
que se mueven musicalmente
nuestros hermanos,
que van de ganas en ganas
mezclando las melodías
de su vivir despierto,
y no valoran el negocio
ni afán o avidez.

Que
van seguros y confiados
por sabana y bosque,
eso supiste,
como tus mismas melodías
o tus acordes amplios
van por lugares del alma,
parece, para siempre.

Quizás
tu música
dice
millones
anhelos
vividos.

Tal vez
hubo
canto
antaño
en nuestro
pasado.

Y ahora
por fin
resuena
en giros
y ritmos
logrados.

¿Si pudiesen,
escuchándote
decir
lo de ellos,
qué
dirían?

Sufrir,
majestuoso mar
del que emerge
tu música brava,
fondo oscuro
del cual asciende
la luz recia
de tu saber.

Expuestos
seguimos tu andar,
y de lo tuyo
aprendemos
a sentir
lo muy nuestro,
lo oscuro
y lo claro.

Trabajaste días y días,
tus músicos se cansaban,
hacían bromas a veces
o no sabían hacia dónde
iba tanto esfuerzo.

Te cruzaste un día
con el primer violín,
iba solo por un pasillo,
su frente alta,
su mirada honesta.

Serio fuiste hacia él
y le diste la mano,
un apretón callado
entre hermanos
que saben más.

Has tomado su cello
e imitas su gesto,
le miras a la cara,
le ruegas, le pides,
y tocas la cadencia
con la soltura sapiente
de un hombre mayor,
la estimulas, le aseguras,
delicadamente le nutres
de valor, de firmeza,
la guías al lugar difícil,
a la secuencia que teme,
y la dejas probar -
al tiempo recordando
tus propias fallas antaño,
el camino que has hecho
y la ayuda que a ti
- a veces -
entonces te dieron.

De a poco los conquistaste,
semanas iban, meses iban,
de a poco los músicos
cedieron sus ideas,
sus rígidos valores,
comprendiendo entraron
a este tu otro mundo,
a equilibrios del instante,
a fuerzas cambiantes,
y a sus propios mundos
ahora liberados
por tus acordes
en llanto o sonrisa
o en silencios retenidos,
claro,
a las tempestades del ánimo,
o también tranquilos
a los vientos del placer.
Poco a poco
formaste esta orquesta
que ahora interpreta
cada vez mejor
la música tuya,
la de ellos,
la de todos nosotros.

En el comienzo, dijiste,
era el timbal.
Su ritmo poderoso
su tono profundo,
síncopes, saltos, silencios,
la riqueza de la sangre,
hambre, amor, destino,
la fuerza indómita
que levanta, quiebra, libera,
ordena a su propio modo
y finalmente sosiega.
El timbal, dijiste,
era el comienzo
de nuestras vidas,
de toda música posible,
de todo tono ahora
en el oído veraz.

El timbal mueve caderas,
decías,
de a poco más seguras,
las muchachas las mueven sensuales,
decías,
encantables chicas dejándose ir,
más entregadas y preciosas,
encantables-encantadas,
melodiosamente musicales,
decías,
el timbal las seduce,
las expresa, las canta,
las embriaga hacia gracia y fuerza,
dulces, felices, sonrientes,
girando sus caderas enamoradas
y subiendo sus brazos,
las manos elevando
el pelo cayendo brillante,
el timbal,
decías,
en noches sagradas.

Hay orquestas que no lloran,
que no saben rabiarse o perder,
que no conocen angustias
ni nunca les falta el aire.

Sus músicos están seguros
bajo la protección simulada
de sistemas callejeros
a usanzas de la moda.

Pero hoy tus músicos van
del caos al terror
y de vuelta a la esperanza
y se quiebran en llanto.

Los quieres frágiles,
los transformas en fuertes
y de vuelta los expones
al fin irreparable.

Van inmersos
en aguas profundas,
todo compás un compás,
cada tono una vida.

Incluso los vientos,
el aire en el bosque
o las nubes livianas
saben de tu peso terrenal.

Tus músicos
ahora expresan la fuerza
que has osado
en sus almas abiertas.

Canto,
libertad de jugar
con los tonos
de tu voz bendita,
yendo, viniendo,
contando tu verdad
de sentir en sentir,
tu secuencia melodiosa,
mensaje precioso
desde la intimidad
de tu experiencia de artista
y volcado con dulzura
hacia un mañana
que nadie conoce -
canto
que el aire sostiene
y reparte generoso
en torno a ti,
libertad de decir,
libertad de escuchar,
secuencia encantadora
aquí en medio
de todos nosotros.

En tus cuadernos
hay otros momentos,
oscuros momentos,
mostrando
hacia lo bajo, hacia lo profundo,
tiempos de sufrimiento
penetrando espacios de pena
y de vuelta al sufrir,
bajo bóvedas sin luz
yendo al encuentro
del sentir doloroso,
casi ciego yendo,
pero seguro yendo,
avanzando
contra la corriente tenebrosa,
ya intuyendo, ya sabiendo
la respuesta
del otro sentido,
del sentido más claro,
casi cantando,
en tus cuadernos.

Quién te ata las manos
si sabes los nudos,
quién enmudece tus notas
si has sido su silencio.

Por eso vuela tu canto
por encima del paisaje,
humilde y conquistador,
tu melodía enamorada.

Porque no es afán
lo que ahí dices,
sino blanda historia
en tonos testigos.

De aire y nada
está hecha tu música,
pero en el oído
cambia nuestras vidas.

Recién lo insinuaste en los cellos,
lo sostienen los cornos, los fagotes,
juegas en vueltas buscando,
pero lo afirma el clarinete
y más seguro lo intenta el oboe,
hasta que arriba al final,
preciosa,
la flauta lo canta liberada
a todos audible,
tu alegría grande y clara.

Tú no piensas,
pero de ánimo en ánimo
va tu corazón
avanzando o girando,
vueltas graciosas
en rondas regaladas,
vueltas múltiples
de música emergente,
placer de expresar
pena o alegría,
sufrir o soltar,
querer o ver -
nunca piensas
y eres leal
al flujo que te lleva
de tono en tono,
de sentido en sentido,
libre, pleno,
en medio de tu verdad.

Los silencios
valen como los tonos tanto,
anotaste,
los largos silencios
- ajenos a las líneas melódicas -
significando la otra música,
la guardada, la retenida,
pero igualmente vivenciada
de compás en compás,
seriedad tras seriedad
acompañando composición y canto
desde la otra dimensión,
intimidad asentada
en su centro de creciente
validez.

Los silencios nos expresan,
escribiste,
en vigor y verdad
mudamente.

Sensualmente
has dejado escurrir
la pena
al teclado blanco y negro,
girando, sintiendo, probando,
lágrimas en los ojos,
más, más,
como pelo cayendo
de mejilla al hombro
y rozando el seno,
más, más,
virilmente perdiendo
lo que no querías perder,
tristeza transparente
resonando en la madera
de tu piano afinado,
más, sin parar,
entregadamente,
de nuevo, siempre otra vez,
de cara y dando la frente -
música honrada
desde tu alma herida.

En tu cuaderno
encontré una pieza
muy simple y corta.
Me dejé llevar
por la línea alta
cantada y bella
y sus bajos serios,
un juego musical
escrito con la humildad
de quien mucho sabe
y ahora traza
movimientos del ánimo
con facilidad y gracia,
compositor bendito.

Indicabas
con mesura y cariño,
pero movías la cabeza
con mucha libertad
aquí o allá
y pensé
que se te iba la atención,
que tal vez componías
al tiempo que dirigías,
que había más música
en tu corazón
que la de tu orquesta,
quién sabe,
como vertiente
dando y dando
y no la puedes parar.

Te gusta soltar
las fuerzas de la orquesta
en tuttis poderosos
y más allá de la medida humana.
Retenidamente creciendo,
suave, lento
- angustia en el corazón -
soltando de a poco
el sonido aún desconocido,
el tema incierto,
como buscando, deambulando,
todavía no,
más fuerte -
ya insinuándolo aquí,
ya diciéndolo allá,
aún sujetando,
creciendo la fuerza,
lento, seguro, más -
y de pronto se vuelca
majestuosa, irresistible,
la ola de tu música
sobre nuestros oídos
expuestos y vulnerables,
inmensa -
marea poderosa,
tormenta de cordillera,
que nosotros escuchemos
los vientos del alma
remecer los cimientos del vivir,

así como tú los percibiste
cuando escribías
en tu cuaderno.

Mostraste ese canto
de violines benditos
pasear su belleza
por el aire de una tarde
abierta y reposada.
Sostenían las cuerdas
la línea de la melodía
con gracia infantil
y dulce sonoridad.

Pareces tener
el tiempo todo a tu lado,
nadie puede apurarte
así como vas dadivoso
girando y rotando
el sentido de tu música -
que nada
se pierda por descuido -
tus músicos
siguiéndote acordes,
generosos,
todos nosotros ganando
la hora regalada.

Vives tu vida
en grandes octavas,
vas fortissimo aquí,
piano allá,
sostenuto o vivace,
cantabile o staccato,
y en tu orquesta
las cuerdas están tensas
a su plena fuerza,
las maderas
limpias y claras,
y el timbal
diciendo desde atrás
el vigor de tus latidos -
no conoce tu música
emociones apocadas,
vigorosas
saltan desde tu intimidad
al espacio
delante de ti.

Algo de felino grande
hay en tus gestos
fuertes y graciosos,
en tu música
veraz y poderosa,
en tu orquesta
rápida o solemne,
iracunda o adorable,
delicada o temible -

algo suave y vigoroso,
que avanza
de paso en paso
dirigido por leyes
que intuimos
a veces cerca,
a veces lejos -

algo muy nuestro
que se nos escapa
cuando queremos
tocarlo
en respeto y caricia -
claro, algo muy felino,
bello y grande.

Cruzas.

Avanzas buscando,
con cuidado probando,
alterando o dejando,
jugando con los tonos,
con acordes y secuencias,
indagando por la verdad
aún inaudible.

Como raíces
día tras día
ingresando en la tierra
van tus dedos
hacia el teclado
cavando galerías
del saber,
percibiendo
pasajes y vetas
hacia las entrañas
del ser.

Y un día
sientes que basta,
que en el cuaderno
las notas que escribas
todo lo tendrán,
vigor, simpleza y claridad -
y que en la orquesta
tus músicos cantarán
otra vez
un nuevo trozo de la verdad
que nos incumbe.

Hambre,
es hambre lo que te mueve,
la presión que te empuja
hacia nuevos lugares
del universo audible,
jugando, sufriendo,
alegre o con pena,
nunca te importa
sino adelante hacia más,
hacia la densidad del acorde,
hacia la simpleza
en melodía o ritmo,
belleza o silencio,
hacia el peso de la sangre -
hambre
de más verdad
en el sentir que madura,
en el giro impulsivo
o en la gracia musical -
hambre
de vivir y de cantar
los tonos que nos son.

Una muchacha
de entre las violas
se puso de pie
y dijo a nombre de todos
que hoy eras tú
quien había de escuchar,
que hoy querían darte
ellos a ti,
devolverte
un poco de lo recibido,
un pequeño presente
para quien a diario va dando,
y que no te dejarían dirigir.

De las más bellas piezas
que algún día compusiste
eligieron una
y la interpretaron
con miradas felices,
música
que lleves para siempre
en tu corazón conmovido,
canto que no olvides
en tu alma sensible
- gracias, maestro, gracias -
esta tu música.

Seriedad invernal
cayó sobre tu andar
y transformó los ritmos
de tu música emotiva.

Estilizadas líneas
escribiste en tus cuadernos,
y los acordes
apenas iban insinuados.

Algo se había movido
en los meses pasados,
y casi tropezando
cruzaste los días.

Silencio se hizo
y avanzaste mudo
por lugares musicales
de otros tiempos.

Una tarde
una gota tibia
derritió
tu invierno.

Leo
en tus cuadernos
la música que has escrito
en días solitarios,

tonos y acordes
que en el piano aquí
interpretaste después
con seria felicidad,

y a mí quería parecer
que la línea del teclado
se hacía curva y blanda
con tus voces veraces.

En la contratapa
de un cuaderno,
con letras chicas,
escribiste:

Decálogo

duermo
miro
admiro
me entusiasmo
desafío

suelto
medito
reverencio
agradezco
me entrego

Y me pregunto
qué hace esto
en tu cuaderno
de música.

Lento cantabile
escribiste,
y ahora frente a tus músicos
lo querías
lento y cantabile,
pero temían exagerar
cuando tú los exigías,
creían no posible
más lento
sin embargo cantando.
Los cellos
son el futuro del mundo,
dijiste,
de nuevo, por favor,
es posible.
Y lo intentaban,
- otra vez -
sin paz o sin canto.

Dejaste ir,
ya será.

Pasaron semanas,
y siempre volvías a la pieza,
casi jugando,
a ver qué madura
en sus corazones inseguros.

Pero un día
estaba en los cellos,
estaba en la orquesta,
la majestuosa serenidad
cantando lo bello,
diciendo

en tiempos de paz
la melodía poderosa
de tu osado intuir,
de tu humilde saber,
tocándola ahí
tus músicos amigos.

Vueltas, den vueltas, decías,
dégense llevar,
embriáguense,
como niños busquen marearse,
los instrumentos graciosos
marcando el ritmo,
la contagiosa melodía
corrompiendo convicciones,
tontos y felices
esta preciosa vez,
que también lo sean
quienes escuchan
y ahora de a poco
se entreguen rendidos,
girando, girando, girando.

Bosque grandioso,
vida ascendiendo a la luz,
sombras transparentes
entre troncos de vigor
invitando a caminar
de asombro en asombro,
frescura y aromas
acariciando la piel,
- qué bella evidencia
a toda reverente oración -

igual ahora aquí
en las fuentes de tu canto,
bosque interno,
complejidad maravillosa
de emociones madurando
su lento crecer
- incierto, tierno y vulnerable -
hacia la conciencia receptiva,
tonos benditos
buscando la salida acorde
en la luz musical
de tu día de armonías
- artista espiritual -
¡qué naturaleza!

Te sorprendí escribiendo
una elegía del dolor
en uno de tus cuadernos
más reservados.

Construiste la pieza
sobre golpes de timbal,
lentamente avanzando
por paisajes desolados,
penas melancólicas
entretejidas con renunciadas,
trémolos y suaves caricias,
o más tarde,
distinto,
sobre golpes chúcaros,
sí, explosiones de rabia,
o ya sin aire
angustia sin fin,
un ritmo brujo
cruzando compases,
vigorosos aquí, delicados allá,
pero siempre dolientes,
anhelos destruidos,
heridas abiertas,
frustraciones innecesarias
alineadas como perlas
de un secreto rosario,
país sin esperanza -
extraña elegía
en tu timbal querido,
andante espressivo,
piano sostenuto,
forte, ritardando,
presto fortissimo,
più forte, più forte, più forte.

Era la pausa
de media mañana -
tus músicos platicaban
con soltura y buen humor
saltando de tema en tema,
risas este grupo,
otro allá más grave,
amistad estaba en el aire,
un viento ligero y natural
de personas que se quieren
paseando entretenidos
por el tiempo compartido.

Esta música
no es frecuente en mi corazón,
les dijiste
alabándolos, envidiándolos,
esta liviandad
fuera de pentagrama,
así -
regalada
a mitad de mañana.

En tu andar
está tu carácter.

Ibas de mañana
a un ensayo con la orquesta:
en la conducción de tus pasos
noté un peso de ánimo,
una dirección tentativa
de varios intereses simultáneos,
un oscuro anhelar algo
que recién sólo madura
y aún no se expresa
a la clara e inambigua luz
de este día iniciado,
una seriedad curiosa
abierta a sonrisa o dolor,
quién sabe,
tu caminar cimbrante
mostrando la compleja mezcla
de tu motivado ir.

Y más tarde, claro,
tus amigos interpretaban tu música
como quien repite tu andar:
cellos y contrabajos
expresando tu vigoroso trasfondo,
el timbal diciendo tu ritmo
o saltando en síncopes
de aparente desorden,
clarinetes de pena y oscuros anhelos
diciendo tus dudas numerosas,
oboes en dedicado cariño
abriendo espacios queridos
para cantar los frutos
de este tu andar.

Eres un inútil
así como cantas
los cimientos del vivir.

Eres un vago
caminando entre emociones
que llevas a notas y líneas.

Eres un fugado
cuando te liberas
en reverencia o gratitud.

Eres un nadie
frente a lo profundo y lo bello
del momento que te es.

Concierto
para violín y orquesta
en re mayor.

Gran parte de tu vida
pensaste,
anhelaste,
dudaste
en escribirlo.

Pero un día
tarde en primavera
lo iniciaste
y avanzado el verano
estaba listo.

Todo el amor
que un hombre siente
por la mujer amada,
toda la dulzura
que ella transmite,
las ternuras,
los latidos inciertos
frente a la fruta
de vida y fuerza,
el ir y venir
entre sí y más,
la inmerecida grandeza
de tanta felicidad -
todo,
todo estaba ahí
impreso en los pentagramas
de tu nuevo cuaderno.

Al primer violín
- frente a toda la orquesta -
le dijiste un día:
toma, es tuyo,
mañana lo iniciamos.

Trabajó
con la misma seriedad
con que siempre trabaja,
amigo de sus amigos,
leal contigo,
y por vez primera
estrella
de su propio saber.

Lo estrenaron un viernes.
Los músicos estaban tensos -
se veía en sus caras maduras,
sus ojos brillaban
en amistad y compromiso,
estaban de acuerdo
para una gran oportunidad.

La realizaron.
Amigos del amigo
le devolvieron admiración y respeto
desde sus almas conmovidas
por lo que él iba haciendo
con cuerdas, madera y arco.

Tu amigo
de mirada honesta
cantó su vida
con sus dedos sensibles
y su brazo vigoroso.

No hubo cuerda
en el corazón
que no hizo vibrar,
mostró don y gracia
con viril entrega,
superó lo difícil
como un niño
jugando alegremente -
y frente a la orquesta
fue el prodigio maduro
que nadie conocía.

La gente se irguió,
aplaudía sin fin.
Se levantó la orquesta
y con instrumentos y sonrisas
lo aplaudía.
Él aún estaba serio,
miraba sorprendido hacia la gente
y se inclinaba.

Afuera
una brisa de noche otoñal
refrescó tu cara:
tu corazón
estaba lleno de la orquesta,
pero más que nada
de los pasos del timbal
acompañando
un violín enamorado.

Pensar es fácil, decías,
sigues los pasos
de números o esquemas
y aplicas las reglas,
fácil si miras
y dedicas tu tiempo.

Otra cosa
es sentir y no saber
lo nuevo, el temor,
las olas profundas
que abajo se desplazan
y a uno lo mueven.

Lo claro, lo seguro,
son juegos de la mente,
decías sonriente,
pero con algo más serio
se llenan
cellos y timbales.

Fuimos audaces, les decías,
cuando el ancestro
se levantó antaño
y equilibró su cuerpo,
o más tarde,
al dar unos pasos.

Lo fuimos
al nadar a la otra orilla,
o al confiar
en extraños,
sin experiencia
y de corazón incierto.

Seámoslo ahora,
propusiste,
y demos voz
a esto que nos es,
afinadamente
osando y confiando.

Tu música
lleva impresas las huellas
de fuerza y libertad.
Ya nadie imagina
tus primeros pasos pequeños
antaño en la infancia
cuando jugabas con teclas,
con llaves y cuerdas,
el lento crear amistad
con partes de instrumentos,
las piezas simples y bonitas
en que arraigaban
tus fantasías infantiles,
como bloques subiendo
entre manos inciertas
tentando el nuevo equilibrio -
y después los tonos,
los preciosos,
invitándote a hablar,
a dar y tomar
lo que quiera ser
en el mundo musical.

Ya no se ven
tus esfuerzos posteriores,
las horas dedicadas
a cultivar la destreza,
el ágil seguro dominio
de un oficio exigente,
ni tampoco los quiebres,
las renunciadas o el desamparo
con que forjaste tu alma
entre tonos, trinos y acordes,
el lento crecer de cara

a lo fuerte, a lo difícil,
o el humilde inocente aceptar
las bendiciones del vivir,
de ser y de cantar.

Nada de esto
se percibe ya
en tus conciertos vespertinos,
en tus generosas expresiones
de fuerza vital,
de libertades y juegos,
de anheladas maestrías del alma
vibrando en salas
repletas de sentido.

Eres
el maestro de los giros,
de las graciosas vueltas
de melodía y ritmo -
pero a veces sientes
que es a ti
a quien giran fuerzas
de una otra más grande
y misteriosa música,
y te exponen
a nuevas caras del ser,
a retos desconocidos
que intentas enfrentar
incluso bajo dudas,
tanteando, indeciso,
como sordo, sin saber,
madurando lo difícil,
vueltas y vueltas.

Entonces
tu propia música
te parece pequeñez
entre estas poderosas gracias
que apenas tu corazón
aventura intuir y entender.

Un paso por vez,
lento y con cariño
- así aprendiste a andar -
cuidadosamente escuchando
si de entre los ruidos emerge
una expresión comprensible,
si la música profunda
en el fondo de tu intimidad
de a poco llega
a tu oído atento.

Preguntaste a los músicos
qué les gusta,
qué querrían cambiar,
cómo les va.

Se miraron.
Guardaron silencio.
Uno de ellos te miró,
otro te nombró y agregó
tanteando su parecer,
otros se sumaron
y luego querían todos decir
su personal opinión
sobre mil cosas.

Te inclinaste hacia adelante
y sobre el atril
diste descanso a la batuta,
propusiste
cruzar al frente
y tomar refrescos
al tiempo de conversar
tantas buenas ideas.

Como niños felices
salieron del teatro
tus músicos adultos
y al otro lado de la calle
festejaron las horas distintas,
comieron, bebieron,
hicieron bromas
y contaron sus vidas
con ojos brillantes.

Todo tono
como nuevo,
les dices,
como recién inventado,
sin saber pero intuyendo,
avanzando
por las vías del corazón
como componiendo,
poco a poco
intentando la frase
- pudor en la mente -
poco a poco
madurando el sentir,
o en otras triunfando,
con feliz seguridad
cantando la emoción
clara y liberada,
tonos nuevos, genuinos,
en medio del ahora.

Belleza,
les dices,
es la verdad.

Y la verdad
está en la vida,
en los mil pasos al crecer,
en el difícil madurar,
en los quiebres y en los logros,
en la apertura de la primavera
hacia la luz brillante
y en los oscuros días otoñales,
cuando el corazón no quiere
y todo es pesado.

Para esto fueron hechas
las cuerdas, las maderas,
les dices,
que vibren contando
nuestros intentos,
nuestros esfuerzos,
la devoción
por honestidad y verdad
y su expresión afinada
en los cantos
que presentamos
como la orquesta
que somos.

Te respeta
como a un buen padre.
Recuerda el día
en que conversaron
sobre la historia del timbal
como la consagración
a su propio oficio,
como día nuevo
de una vida nueva
en una música distinta.

Con cálida voz
te puede contar su vida
desde entonces,
el solemne lento caminar
hacia la paz de la tierra,
o hacia el placer
en tardes desplegadas,
pero también
hacia las locuras de la sangre,
hacia la fuerza,
hacia la explosión y el caos
en la conciencia doblegada,
pero de vuelta instantánea
hacia nuevas vigorosas locuras,
sorpresa y rapidez
en los latidos del corazón
apenas capaz,
semana tras semana
abriendo osadías
para los amigos en la orquesta,
lo humilde y lo decidido
de sus nuevas convicciones,
el rigor en los tiempos

y la disciplina de
silencios y reencuentros.
Te puede mirar a los ojos
como un animal serio
que no duda
quién es, qué es importante
o qué le interesa.

Escribiste
para los violines
un staccato delicado,
un ritmo ligero
como brisa sostenida,
apenas real,
pero en los cellos,
en oboes y cornos,
preparaste un crescendo
entusiasta y contagioso,
claro, de a poco
ahora todos,
una ola extensa y profunda
cantando
otra faceta musical
de esta experiencia exquisita:
la de ser.

Vulnerable y confiado
vas con melodías y ritmos
por entre la gente apurada,
apenas consciente
de todo el mal que crece
en sus miradas inseguras,
en sus amores perversos
de tanta perversión sufrida.

Hija tras madre
amó con inocente pureza
y después cambió.

Jóvenes buenos
más tarde militares.

Y tú cantando,
por dios,

como si nada,

tú y tu orquesta

rezando

las fuerzas del vivir,
los matices del sentir,
las direcciones del alma
y el lento desarrollo
de una nueva capacidad.

Paz

cae sobre tus párpados
y tus músicos te siguen
atentos.

El aire se transforma
en la sala sorprendida,

Una canción

madura

de flor en fruta

en sus instrumentos queridos.

Les toma el corazón.
Ritenuto crescendo:
la marea del alma
en cada compás
más vigorosa, más intensa,
tus músicos sujetando,
casi frenando lo imposible,
más, más,
validando el tiempo,
que despliegue cabalmente
su inmensa presencia.

Entonces dejan ir,
sueltan,
forte, fortissimo,
vivace, più presto,
volúmenes del sentir
expresando
su intensidad exuberante,
cantando
su poderosa verdad -
tus músicos amigos,
los corazones tomados.

Has abierto
sus corazones palpitantes.
El mundo entra y sale
por sus oídos dispuestos,
no sólo al tocar
van atentos al decir del otro,
sino en vida y naturaleza,
en silencios y anhelos
integran a armonías musicales
los tonos dispersos
de todo cuanto quiere decirse
aquí y allá
desde su propia válida existencia,
y a veces escuchan hacia adentro,
a lo que dentro de ellos emerge
como tonos del alma,
lo integran
a armonías más complejas aún
- casi compositores ellos mismos -
tan abiertos de corazón
que se perciben transparentes,
uno en todo,
todo en uno,
tus músicos valientes,
tus músicos sensibles,
así como tocan,
así como viven,
así como van
del teatro a su casa
y de su casa al teatro.

Bajo el piano
viste una hoja suelta
que recogiste sorprendido.
Había notas escritas
que te costó memorizar
de dónde venían -
y pronto sonreíste
al reconocer esto
tan cercano a tu corazón
ahí olvidado en el suelo.
Tomaste un cuaderno
y en las horas que siguieron
hasta bien medianoche
escribiste episodios
de tu caminar musical
osado y nuevo,
un canto fuerte
emergente de mareas del alma
y esbozado días atrás
en un papel cualquiera.

Uno de tus profesores
allá antaño en la niñez
te regaló un libro
amarillento y arrugado,
- Teoría de la Música -
del cual él había aprendido
cuando fue él un niño.
Alguien escribió adentro
con letra grande y cuidada:

"Que donde haya ruido
yo escriba tonos,
que donde haya palabras
yo cante melodías,
que donde haya desorden
yo cree armonía,
que donde haya vida
yo la exprese."

Quién sabe
en esos lejanos tiempos
cuánto te intuyó
el desconocido escritor
a ti, tus días,
tu música y
a tu orquesta.

Tu música
es como tu pelo suelto al viento,
como tu vestón desordenado y abierto,
tus músicos lo saben y sonríen,
pero más te respetan:
no está en tus voces polifónicas
lo perfecto, la idea sublime,
sino las mil maneras del día:
lo perfecto es lo silvestre,
te gusta decir,
y la excelencia está
en el baile, en el juego,
y en el tono que nace.
Quién tiene el tiempo, preguntas,
para afanar y pulir
con tanto que aprender y madurar,
quién puede, por dios,
con tanto
que oír o expresar,
agua sobre aguas,
el torrente de vida inagotable
llenando cuadernos, instrumentos
o almas atentas.

Pediste que repita sola
los últimos seis compases:
pero apenas hizo murmullos
con su cello precioso -
no sé, dijo en queja, no sé,
casi llorando -
me recuerda de niña
un primo diciendo cosas
que yo no entendía.

Y ahora, dijiste con calma,
qué no entiendes ahora.

No sé, y calló - y después:
vi un caballo, no,
una yegua grande -
y lloró frente a todos,
lloró y soltó su cello
nerviosa buscando algo.
Otra cellista ahí cerca
fue y puso sus brazos
en torno a la mujer.
Todos quisieron abrazarla
y golpearon cuerdas y atriles
como aplaudiendo.
Repuesta más tarde
sonrió avergonzada en redondo
y dijo mil gracias.
Nadie supo
el final de su historia,
o lo de la yegua,
pero ahora de su cello
emergía sensual y profunda,
compás tras compás,
una verdad liberada.

Más amargo, dijiste,
lo quiero más amargo,
así como son las renunciadas
y algo preciado se cierra:
que esté en violines,
cellos y timbal:
amarga retracción,
que vibre en los acordes,
que duela en los oídos
y la piel se contraiga.
Tus músicos
no querían sufrir
- quién lo quiere -
pero insististe, pediste,
más amargo, más.

Se transformó la sala,
seriedad, pérdida y dolor
flotaban en el aire
y amargura se adueñó
de corazones acongojados.

Después de una pausa pesada,
larga e íntima:
El Consuelo,
lento, dulce.
De acorde en acorde,
lentamente,
como buscando,
como tanteando,
yendo aquí, yendo allá,

hilando tonos
crece una melodía
por fin audible,
girando y volviendo
y ahora entera:
emergió la paz,
el dulce reencuentro
de vida y corazón,
bondad en la piel,
la embriagadora belleza
del sonido humano
mostrando sus pasos
vulnerables, simples, llanos -
luz brilló sobre la sala,
atriles e instrumentos,
sobre la orquesta
emotiva y sensible.

Te inclinaste reverente
hacia tus músicos amigos
y dijiste con fuerza:
muchas gracias.

Juegas.
No paras de jugar.
Cuántas veces
has metido tu juego
en medio de las tinieblas,
del andar apesadumbrado,
has penetrado en lo oscuro,
jugando, girando -
dando vueltas el sufrir,
avanzas
en medio de lágrimas
y de no saber,
pérdida tras pérdida,
el dolor en la frente,
te acercas al terror,
lo cruzas cantando
con voz seria:
casi un mago
para quienes te vemos
del lado del camino,
para quienes leemos
en tus cuadernos
las piezas escritas
o para quienes oímos
tocar a tus amigos
de la orquesta.

Juegos del corazón
en tus manos de artista,
tonos, acordes -
y un timbal amigo
nunca muy lejos
de ti.

Compiten
unos con otros,
afirmaste,
pero nosotros aquí
conquistamos espacios
para todos,
espacios del sentir,
de osar y vivir,
canciones nunca oídas,
melodías inocentes,
acordes
de biología madurando,
lentamente diciendo su ir
en medio de bosques
extraños a la mirada humana.
Agregamos donde pelean,
fuimos honestos
entre armonías naturales
y llenamos el aire
con lo que expresamos:
esta música orquestal
que nos es dado
intuir y componer,
leer, sentir y tocar.

Me dices que sea suave,
que no sobresalga,
que exprese dulzura,
y que en los forti
dé soporte a los débiles.
Pero ¿cuándo, maestro,
cuándo puedo mostrar
la fuerza radiante
de mi trompeta querida?

Inhalaste profundo
y te inclinaste
hacia tu joven amigo y le dijiste:

Tocaremos el concierto
que escribí años ha,
y serás el solista.

Ensayaron sorprendidos
la pieza guardada
y dieron vida a las notas
del extraño cuaderno.

El inicio era disperso,
había confusión y ruido,
la trompeta vagaba
y ni un alma
encontraba sendero.

Dijiste renuncia
en muchos contritos compases,
voces orquestales
yendo y viniendo -

y nadie sabía de dónde
a dónde se va.

La furia del timbal
interrumpió
la dirección fatalista:
basta, no más,
¡aire, luz!
Apenas
- pianissimo -
de entre la orquesta,
emergía pudoroso
el tema feliz -
ahí
estalla la fuerza juvenil,
el impulso irrefrenable,
fantasías locas,
ideales, ganas,
la trompeta querida,
la trompeta radiante
cantando la vida
hacia el futuro abierto,
alegría de estar,
de ser y compartir,
vamos orquesta,
alegría de tocar,
alegría de escuchar,
alegría de vivir
este ahora
intenso y feliz
irradiando
hacia el mañana
la plenitud
de nuestras vidas.

El joven trompetista
te escribió una carta
el día siguiente al estreno.
Se tomaba unos días,
pero antes
te daba las gracias.
En su estilo viste
humildad.
Un acorde armonioso
emergió
en tu oído de artista.

Música
es un árbol,
dijiste.

Estamos aquí
para mostrar
raíces y ramas,
hojas, frutos,
savia y corteza
y la sombra bendita,

nuestra orquesta
de amigos artistas,
así como jugamos,
giramos y volvemos,
cantando esto
que nos atañe.

En todo tono
expresamos
el mismo árbol,
así como cruza
las estaciones
del año humano,

la madera
que nos es
en las direcciones
que el momento
musicalmente
anhela madurar.

Muestra con tu oboe,
le dijiste al amigo,
cuán honesta es la duda,
el camino incierto del alma,
el anhelo inseguro,
o la humilde melodía
intentando su decir
de dulzura y paz,

di cuán lejos
está de ti
pompa y orgullo,
la maniobra vencedora
en astucia o maña,
el ademán arrogante
en la dirección errada,

canta cuán clara
es la secuencia
de tus tonos emotivos
intentando de nuevo
si ahora resulta
la melodía entera
en el logrado corazón.

Durante las pruebas
de esta mañana
has creado
con tu orquesta
un volumen de silencio.

La sala así llenada
de pronto se transformó
en templo de veneración -
y en su centro
has hecho emerger
una armonía
de buen temple y
seria congruencia.

Los cellos
sostienen en lo profundo
el sentido musical
que asciende
en cornos y fagotes,
en violas, violines y vientos,
serenamente, claramente,
sentido intenso
que a todos nos envuelve
y nos lleva
generosamente por el tiempo
y de acorde en acorde
- de emoción en emoción -
por distintos matices
de tu verdad humana.

La pieza llegó a su fin.
Tus músicos
no logran reponerse,
han quedado inmersos

en medio de sus almas,
no quieren salir,
ojos conmovidos.
Quizás están impresionados
de lo que hicieron,
de lo que lograron -
y a mí,
extraño en la sala,
me dan ganas
de subir al estrado
y mirarte a la cara,
tomar tus manos
y apretarlas en gratitud.

Pero el aire de la sala
ya ha cambiado,
los músicos han vuelto
a moverse y conversar
y tú buscas algo
en la partitura
como quien ha perdido
anteojos o llaves.

Afuera,
me parece,
la calle está abierta
como herida reciente,
y caminar
se hace difícil.

Rumores
habían circulado, es cierto.
Pálido entró a la sala
uno de los cellistas
papel en mano:
nos tenemos que ir.

En vez del teatro
se levantará aquí
un parque de diversiones,
con banco y restaurante.
Mudos quedaron tus músicos
y tú también.

Tu brazo se movió
como marcando un ritmo,
tu mirada
saltó aquí y allá
y después buscaste
dónde sentarte.

Nadie quiso
seguir el ensayo,
está claro,
y tú preguntaste
por personas y fechas,
y estimaste
el futuro cercano.

Hasta mañana, entonces,
dijiste,
y volviste a casa
caminando lentamente,
mirando en los jardines
y en tu oído interno
buscando.

La orquesta
perdió sonido
y todos lo sabían,
trataban y afinaban,
pero nada resultaba
como en otros días.

Más de alguno
miraba de reojo
y casi con culpa,
muchos suspiraban
o movían los pies
sin querer.

Y tú
no querías dirigir,
cansancio
pesó en tus brazos,
la vista
perdía la partitura,
no, no querías.

Doce días adelante
encontraron sala,
una sala apenas adecuada,
más chica, más modesta.
Pero ella haría posible
continuar con el oficio
bello y veraz.

Cuando hicieron caer
la primera muralla
de tu antiguo teatro
estaban todos presentes,
miraban en silencio,
serios, atentos,
integrando la imagen.

Estrenaron la sala.
Pero antes,
la noche anterior,
crearon un rito.
Hicieron memoria
del antiguo teatro,
del tiempo allí compartido
y dieron gracias.
Un muchacho
cantó en su contrabajo
una melodía querida
de aquellos tiempos,
un cellista se sumó,
y juntos jugaron
en torno al sentir común.
Lágrimas cayeron,
muchos se abrazaron
y tú pediste dar gracias
una vez más.

Poco a poco
se fueron encontrando,
fueron queriendo
el nuevo espacio
y nombrando
esta o aquella ventaja.

Tu ánimo volvió
y casi hacías bromas.
Compraste cuadernos
que te faltaban
y estuviste ocupado
en las noches.

Una violinista un día
te preguntó por ti,
y quienes la escucharon
se volvieron a ti,
a oír tu respuesta,
a verte decir
cómo te iba.

Le sonreíste,
gracias, me va bien,
pero vivo cansado,
trabajo de noche.
Y te interesaste por ella,
cómo le iba a ella.

Allegro forte,
el primer movimiento
de esta sinfonía
simple y bonita,
tus manos ágiles
dando vida
al ritmo alegre
de la pieza transparente,
tus músicos contentos
mostrando su capacidad
de inocencia y gracia.
Era una bella inauguración,
una vida nueva
en la sala menor
pero plena de futuro.

Familiares tuyos
te invitaron
y viajaste lejos.
Fui con tiempo
a la pieza del piano
y leí en papeles sueltos
lo que habías anotado
aquí y allá
en las últimas semanas,
esperando encontrar
tus últimos cuadernos.

Los habías cubierto
con ropa y un abrigo,
como un niño casi
escondiendo lo suyo.
Leí y leí,
sin comer,
sin tomar descanso,
horas y horas
hasta avanzada la noche,
día tras día,
música, más música,
tonos, acordes,
claro, tu timbal
en todas partes,
una y otra vez,
melodías emergentes
hilando armonías
que se disolvían
en nuevas riquezas,
qué días, por dios,
leyendo
en tus cuadernos.

Encontré
en tus cuadernos
una expresión espiritual
más decidida,
más asertiva que antes,
columnas verticales
de un sentir sublime,
luz
desde las profundidades
de nuestro ser
subiendo,
ascendiendo hacia más,
hacia las alturas
de la vista,
ya trascendiendo,
música clara y sagrada
escrita aquí
para mañana interpretar
con los músicos
de tu orquesta madura.

En tus creaciones veo
más libertad que antes,
más mezclas de voces,
 más verdades
mutando como si nada
de compás en compás,
 riquezas del alma
 cantadas con
 simpleza y soltura.

Casi leo una biografía
en tus muchos cuadernos,
 un antes musical
 avanzando hacia un hoy
 y hacia adelante,
 hacia tu futuro de edad,
 hacia composiciones
inauditas a tu propio oído,
 todo un madurar
de ejemplo para el nuestro,
 artista honrado,
 biografía
que traduzco a lo nuestro,
 a ver si reconozco
 lo que también
de nuestras propias vidas
 retratan
tus acordes y ritmos
y líneas cantadas.

A tu vuelta retomaste
los ensayos matutinos,
sinfonías, conciertos,
piezas sueltas,
el repertorio musical
que este año presentarías
en la sala menuda.

Se alegraron
cuando te vieron llegar.
Como en viejos tiempos
se levantaron de sus asientos
y te saludaron contentos.
Mientras arreglabas
notas, atril y batuta
me retiré y salí
a la calle ruidosa.
Una voz conocida
escuché aún adentro decir:
adagio, mezzo piano.

EL DIBUJANTE

Eliges un café claro.
Trazas el perfil
con rapidez,
agregas carácter
con líneas verticales
- iris, nariz, comisuras -
y sombra en la sien,
equilibras
con párpados, cejas, labios,
el cuello se abre
hacia abajo
a hombros insinuados,
y describes el pelo
como delicada fuerza.

Un retrato espiritual.

Desde el papel
te mira una persona
sensible, sola, atenta -
dime, artista,
¿a quién recuerdas?
¿quién es?

Sueltas
el papel de la tabla
y lo dejas
arriba de unos libros
sobre la mesa.

Soy curioso,
veo tus muchos lápices
y me pregunto
qué te llevó a elegir
el color que usaste.

Me dijiste
semanas atrás
que me enseñarías,
que sí,
que estaba bien.

Pero me has enseñado
a callar,
a tragar
preguntas y dudas
y a ir
junto a tus cosas
con manos ocupadas.

He dibujado mil veces
tus libreros,
la mesa, las dos sillas,
la ventana,
la estufa,
la mesita de arrimo,
el atril,
la lámpara,
el candelabro,
el resto de vela, los fósforos,
tu cello,
la puerta, su manilla anticuada,
las tazas, la tetera,
la cocinilla
y la cafetera amiga.

A veces siento
riqueza en el silencio,
y el lápiz en la mano
se comporta distinto:
¿estoy aprendiendo?

En tu taller
se respira distinto,
más abierto,
el aire es más claro,
incluso las cosas,
parece,
brillan un poco
en los cantos.

Es todo un asunto
la sensibilidad,
cómo la traes
a tu vista,
cómo viven las cosas
cuando las observas
y las dibujas -
con cara despierta
y manos libres.

Es fácil quedarse
con lo que queda,
con las líneas,
con los trazos,
con la imagen -
pero hace días ya
ando a la búsqueda
de lo que está antes,
antes que tomes el lápiz,
ando buscando
lo que te trae al taller,
al papel,
a ver si descubro
la vertiente de tu oficio,
el origen
silencioso y generoso
de cuanto haces.

Vulnerable y creativo,
cómo es eso,
sensible y autónomo,
delicado y seguro -
cómo puedes.

Quizás
un torrente muy fuerte
subyace a lo que haces,
y te permite
lo amplio y lo profundo.

Busco observarte
sin molestar,
y lo que veo
está más cerca
de nuestro pasado animal
- atento y sensible -
que de lo humano
que hoy somos -
poderosos y tensos.

La inocencia
de tu mirada
está también en la mano,
en el lápiz, en la imagen -
y aquí ahora
en mi vista aprendiz.

Sacaste dibujos
que tenías guardados
en cajones y carpetas
y me los presentaste
según fuiste cambiando
con los años,
a ver si yo veía
lo que querías mostrarme.
Tuve mis dudas.
Había temas que volvían,
caras, espaldas, manos,
hojas, arbustos, árboles,
muebles, tazas, tu taller.
Incluso había tipos de trazos,
blandos, fuertes,
gruesos, finos,
que con el tiempo volvían.
Vi entonces
un río de búsquedas,
de juegos expresivos
y de preguntas sutiles,
una historia narrada en papeles
blancos, amarillentos, cafés -
y yo ahora aquí
que sepa lo que veo.
Sí, dijiste, temas y trazos,
si soy siempre el mismo -
pero mira,
lo que cambia no está ahí,
sino el papel lo recibe,
este progresivo
desde dónde hacia dónde,
la historia, que dices,
esto está antes del trazo -
y mucho después.

Arte,
me dijiste,
es osadía,
nada más que ser valiente,
eso y nada más.

El trazo, después,
es entretención,
es juego de niños,
un premio casi
para quien supo
no bajar la mirada
cuando todo parecía
demasiado.

Arte, sonreíste,
se crea en soledad,
sin ayuda, sin amigos,
sin sistemas de contención -
arte
son los pasos inciertos
con que avanzamos
frente a esto grande
que nos es.

Arte
es más
que tema o trazo,
pero en ellos,
si los dominas,
se expresa.

Estando solo un día
volví a ver tus dibujos,
y ahora, sin dudas,
reconocí tu andar
por espacios del crear.

Has dejado de insistir.
Hay más aire hoy, más luz,
tus objetos dibujados
se sostienen inocentes
en medio de su espacio,
más vulnerables casi,
llenos de gracia
parecen gozar la luz
en sus áreas expuestas,
y no necesitan nada.

Claro,
no vas convenciendo a nadie,
quien quiere bien,
quien no, igual,
y sigues con lo propio
sin perder el tiempo.

Más luz.
Más aire.
Inocencia.
He guardado tus dibujos
en sus cajas y carpetas.
Vuelco la mirada
sobre mi pasado
y medito hasta tarde.

Amarillo y café claro,
café gris y café oscuro,
café muy oscuro:
con cinco lápices
creaste una sinfonía
de luz primaveral
sobre el sencillo papel.

¿De qué depresiones invernales
más oscuras
has sabido salir
hacia vigor y paz,
hacia la alegría de vivir,
que ahora las expresas
tan convencidamente?

¿O es primavera
el talismán
que aprietas en tus manos
cuando recién vas
y te sumerges
en las aguas profundas
del sufrir?

Tu cara quiere esconder
el espacio del corazón
donde se originan
contenido y convicción
para los dibujos
que trazas más tarde.

Polimatía
no te hace sabio,
decía Heráclito, el solitario,
poli erga, agregas,
no te hace artista -
aunque suelta la mano.

Pero
el hambre, la osadía
y los silencios miles
te acercan un poco.

Y yo saco conclusiones:
que eres un enamorado,
que eres un agradecido,
y que lo que va por tus manos
al lápiz y al papel
es la belleza de la verdad,
día a día renovada
en tu conciencia
de artista emotivo.

Las mujeres
que dibujaste antaño,
caras, hombros, pelo,
senos y manos,
sus caderas llenas de futuro,
muestran en tu trazo
atracción y magia,
casi dan ganas
de invitarlas e ir.

Años más tarde
las líneas cambiaron
y describieron destinos
no siempre felices,
caras cansadas, deslucidas,
manos generosas, delgadas,
o bajo los párpados
una pena recogida.

Dibujaste también otras,
más felices,
que lograron volver
y brillan realizadas,
sus mentes rápidas
integrando pasado y futuro,
nunca muy lejos
de la tierra fértil,
del cariño y del compromiso,
la mirada alegre.

Has querido comprender
su naturaleza extraña,
tan distinta a la nuestra,
así como van al lado nuestro

ágiles con niños,
solidarias, cuidando,
y más calladas
con sus cosas profundas.

En los dibujos de ahora
muestras,
junto a tus preguntas,
tu respeto aún más asertivo,
en caras y cuellos,
espaldas, manos,
en la luz suave en torno
a estos cuerpos femeninos -

y quizás yo algún día
comparto tu mirada
más amplia y madura.

Encontré la carpeta
"Oraciones".
En la primera parte hay
muchas manos
delicadamente juntas,
de niños, de obreros, de mujeres,
todas copiadas
de óleos, frescos o dibujos
de tus muchos maestros.
Siguen copias
de cabezas, de torsos,
de cuerpos enteros,
posturas sugerentes
de horas silenciosas y santas.

Y después está lo tuyo.
La cabeza de un perro
mirando en diagonal
hacia lejos.
Un niño durmiendo.
Una manzana.
Una colina boscosa
a contraluz.
Otra vez tu perro.
Montañas hacia el este
antes que salga el sol.
Un plato con verduras.
De nuevo tu perro.
Lluvia sobre el campo.
Una pareja de la mano.

Respiré profundo,
cerré la carpeta
y salí afuera
a la luz de la tarde.

Eres un hombre sencillo,
pero en papeles
derrochas lo que no tienes.
Guardados y protegidos
los hay aquí en tu taller
lisos, suaves, tersos,
blancos en varios tonos,
grises, azules,
distintos cafés.

El que más me gustó
es uno blanco marfil
y sutilmente esponjoso,
parece invitar a dibujar
algo sensual y vivo
sobre un trasfondo elegante -
o simplemente a jugar
y pasar los dedos por encima
de su superficie sensual.

Quizás qué tienes pensado
hacer con cada uno,
así como los cuidas y reservas
para los días del futuro.

A donde nos quieran llevar
nuestras conversaciones,
siempre siento un patrón
que le imprimes al devenir:
los frutos de la tierra
pareces devolverlos a ella -
en un permanente giro
de abono y aireación.

Tus dibujos
al servicio de tu ánimo.
Tus ideas
enriqueciendo la sangre.
El espíritu
alimentando tu cuerpo.

Incluso tus emociones,
al ascender a tu conciencia
y convertirse en
convicción, expresión y belleza,
parecen querer caer de vuelta
- transformadas y trazadas -
hacia el fondo oscuro
que les dio su origen.

Y con toda ingenuidad
te atreves a decirme
que sabes desprenderte
de tus cosas,
de papeles y lápices,
cuando sé que son
tan íntimamente
parte de tu biología.

La vista engaña,
me has dicho varias veces,
nos saca del centro invisible
donde sucede
todo lo importante.

¿Sabes volver a ti?,
me miras inquisitivo
y yo querría contestarte sí.
Deberíamos ser ciegos,
dices,
y vivir así para aprender.

Pero en tus dibujos
está la otra verdad,
por suerte,
la belleza que has expresado
de papel en papel,
imagen tras imagen,
exquisitamente visible.

He tomado este dibujo
y lo he contemplado
con toda libertad.

Representa
una pluma de queltehue,
los blancos y negros
brillantemente contiguos,
como recién desprendida,
una pluma
que yace sobre el pasto.

Has mostrado tu cariño
por este pájaro precioso
con líneas asertivas y claras,
has recreado en estos trazos
su mundo intenso
de paz y silencio,
como lo es su vida
sobre la pradera abierta
cuando nada lo altera
y pasa las horas
de su vida genuina
junto a su familia.

Parece flotar,
así apenas apoyada
como está
sobre las hojas más largas.

A veces ríes
como un niño,
ingenuo y sorprendido,
por algo que pasó,
por un error de alguien
o por una idea loca.

Hoy fue así.
Me serviste un café
y al pasarlo
se te cayó de la bandeja,
se perdió el café,
la taza quedó acostada,
el platillo rodó,
chocó en tangente
y siguió rodando lejos
hasta la otra muralla.

Reíste
de buena gana -
por el café, por la taza,
por el platillo feliz,
quién sabe -
o quizás qué se liberó
en tu alma despierta.

Me serviste otro café
y al pasarlo
brillaban tus ojos
con más risa aún:
y así,
en los momentos siguientes,
hemos tomado
el café más alegre
de nuestras vidas,
niño irremediable.

Me cuesta pensar
que lo que has hecho
será decoración
colgada de alguna pared
para deleite fugaz
de quienes mirarán
conversando entretenidos
sin cambiar sus vidas.

Fui y te lo pregunté.
Parecías no comprender,
observaste a lo lejos
y te costó encontrar palabras.
Hablaste de distancias,
de mundos, de diferencias,
y mientras más buscabas
cómo decirme lo que querías
- la gentileza por delante -
más intuía que no,
que la pregunta era un error,
que no estabas ahí
donde te suponía,
que mejor no seguir.

Te ofrecí un café.
Te conté de mi infancia
a los siete o los ocho años,
de mis primeras lágrimas
sobre una alfombra conchovino
al escuchar Mozart o Schubert,
¿qué habrá sido?,
de mi incipiente arte
mientras trabajaba
en cosas sin importancia.

Te soltaste,
jugaste con lápices un rato
y después me dijiste
dibuja eso.

Tus dibujos,
las conversaciones,
el taller
y las largas horas
dedicadas a tu arte
son como el trigo
en un campo abierto
que el viento
mueve hacia el mismo lado.

Algún amor por la vida,
- honesto, enamorado -
sopla en lo que haces
y deja su marca
de devota dedicación.

Te gusta hablar de osadía,
pero yo creo
que más es congruencia,
que no puedes de otra manera,
por muy bella que sea
cuando te toma y te arroja
contra lo ignoto.

Madura tu trigo,
en trazos, en imágenes,
en el sentido humano
que tu viento
arranca de este campo.

¿Qué fue de tu perro?,
te pregunté un día.
Murió, me dijiste,
estaba viejo y enfermó.
Era en otra casa,
lo enterré en el jardín,
a la sombra de unos arbustos,
y las hojas otoñales
pronto cubrieron el montículo.

Claro, agregaste,
me gustaría tener uno,
no, dos, una pareja,
que se tengan el uno al otro
y sean felices
compartiendo la vida.
Cuando les tenga más espacio
y puedan correr.

Recordándolo
trazaste
su imagen querida
sobre un papel
de medio tono.

Y yo me fui
pensando cómo ayudarte
a tener ese espacio
para tus perros
algún día.

Como sugiere el I Ching,
te has escondido entre la gente.

Quién sabe
aquí de tu taller,
de las cajas con dibujos,
de los lápices y los papeles,
de las horas intensas,
de las transformaciones
a que te expones,
de los largos silencios
y de los momentos creativos.

Estás lejos
de las demandas, de las preguntas,
de la presión por hacer y no hacer,
por poseer, por renovar,
por ser alguien, por influir.

Si supiese la gente,
te llamarían anarquista
así recluso como vives
negando lo de ellos.
Son ellos los anarquistas,
me parece ya escucharte -
pero no, no lo dirías.

No te importaría,
concentrado como vas en tu arte,
y no perderías en eso
tu tiempo precioso.

Complementas
las direcciones del corazón,
lo que has subido
lo haces bajar,
lo liberado
lo comprometes,
y con lo que del cuerpo
emerge como visión
- lo espiritual -
vigorizas tu sangre.

Así tus dibujos contienen
tanto el esfuerzo valiente
como la gracia regalada,
la caída depresiva
y el renacer ingenuo,
así tus trazos
fuertes o suaves,
rápidos o lentos,
expresan luz y carácter
de este bello juego
llamado ver.

Un hogar.
Pusiste tus cosas a salvo
en este taller
desconocido para todos.
Aquí tus horas se desarrollan
con el ritmo del arte,
de acuerdo a necesidades,
a leyes de maduración,
nadie impone,
ningún reloj es válido,
sino paciencia
y el placer de desafiar.

Sino la honestidad
de hacer bien las cosas,
de expresar lo conquistado,
de narrar la verdad
que emergió de lo profundo.

Sino el amor por trazar
las líneas correctas,
por decir ni más ni menos
que la imagen vista,
por mostrar claramente
lo que a ti se mostró.

Un hogar.
Protección y cuidado
para lo que crece,
para lo que se abre a la luz
y se detiene
en papeles logrados.

Explorador, claro,
eso eres con tu carácter osado,
vas, enfrentas y abres camino
donde los otros prefieren devolverse,
eres científico también
así como vas anotando
marcas, señas y relaciones,
un científico-explorador
en terrenos poco conocidos
del alma humana.

Pero me sonrío
viéndote tan entregado además
a los juegos
de la gracia, de lo bello,
que parece desdecir
tu seriedad.

Es lo enamorado
que te toma feliz
después de alguna conquista
o antes ya, previendo una.

Está en trazos, temas,
en luces y sombras,
tu energía irradiante
bailando inocente
delante de nuestra vista
como sonrisa, como pudor,
como alegría
de ser y de compartir.

Carbones compraste días atrás.
Quiero volver a algo muy antiguo,
me dijiste,
de joven hice muchos carbones
para un coleccionista muy severo
que exigía mucho
y me compraba poco.

Los probaste sobre papeles diferentes,
a ver cómo marcaban,
cómo delimitaban, cómo resbalaban,
cómo se sentían en la mano,
cómo se comunicaban contigo
y tú con el papel.

Con los dedos hiciste
sombras oscuras, claras, medias,
con cueros también,
grandes, pequeñas,
variando la presión
o agregando carbón,
refregaste papel contra papel,
y más tarde aplicaste fijadores
sobre tus manchas saltadas.

Parecías
niño jugando cocinero.
Pero en tu frente
había una luz creativa
que había de expresarse
en los días siguientes
sobre muchos papeles.

Un bebé.
El tronco de un árbol.
Una mujer de perfil.
Un jardinero.
Una naranja.
La cara de un caballo.

Cada imagen
me impresiona.
Trato de distanciarme
pero vuelvo a verlas,
las reviso,
a ver si logro
aprehender eso otro
que sé que está ahí,
delante de mi vista.

¿Fuerza?
¿Elegancia?
¿Renuncia?
¿Amor?

Salgo a caminar,
me dejo llevar
por los altos árboles
hacia lejos,
y vuelvo
lentamente,
el corazón aún incierto.

Tus carbones.

¿Sensualidad de espíritu?
¿Placer del saber?
¿Saber del placer?

Tus carbones
son bellos, sí, y sensuales,
pero son también manifiesto,
convicción, claridad, triunfo,
señas de conquista
en el difícil camino
hacia el centro del alma.

Ventana, almuerzo, casas,
mira aquí, libro,
mucho más que un objeto,
mucho más que lectura
(una vida aprendiendo
mil cosas ahí adentro),
pero ahora distante
delante de la vista,
casi reflexionando,
casi meditando,
casi sabiendo
el pulso verdadero del vivir.

Zorzal, entrada, manguera,
madre con niño,
atardecer.

Bello saber.

¿Dibujas?
Juegas.
Haces manchas,
trazas líneas aquí y allá,
agregas más manchas,
deslizas, aclaras, unes,
o marcas de nuevo
con tus poderosos carbones,
miras -
y decides:
nada más.

Dos, tres papeles,
y después caminas, tomas algo,
te sientas.
Escuchas El Mesías,
la Hammerklavier, Nocturnos.
Pasa el tiempo musical
y de nuevo vas a la mesa,
dos, tres papeles nuevos,
y de nuevo caminas
o escuchas.

O quieres conversar
y me ofreces café.
Me cuentas de arqueología
o de piedras talladas
en Australia y Tierra del Fuego,
o del Alto Perú, de Lauricocha,
de su clima en el tiempo,
de su gente guerrera
y de su gente de paz.

Pero yo sé
que igual sigues dibujando,

que no paras,
que juegas
con las luces y las sombras
de tu sentir
y que mañana ellas serán
imagen sobre papel.

Has dibujado tus cosas,
lápices, carbones, cueros,
el sector de la mesa
donde dejas tus herramientas.

Con trazos certeros
has recreado en el papel
objetos, sombras, luz,
la honesta verdad
de tu callado oficio.

¿Qué habrá pasado
por tu mente
al ver lo que hiciste?
¿Reflexión?
¿Aserción?
¿Duda?
O tal vez supiste
todo lo mucho
que quieres hacer
en los días por venir.

Para mí es
sólo lo que veo:
la maestría
de tu mano ligera.
Pero está claro
que hay más,
así como las formas
se despegan del papel
y se dicen al día
en su sensual madurez.

Vertiente invisible
desde la cual surgen
tus trazos concretos
que a la vista aluden,
transformación misteriosa
en el ámbito de la sangre,
creatividad
en que se expresa el juego
de anhelo y carbón,
de pena y verdad,
creatividad
en que se muestra la historia
de pasos y alegrías,
de papeles y sentido.

Perceptivo como eres
creo intuir de dónde
se alimenta tu vertiente:
del día anterior,
de tu vista activa,
de tu piel
abierta a las señas
que hasta ella llegan,
de tu corazón despierto
cruzando experiencias
que lo aluden.

Un giro entonces
entre ayer y hoy -
integrando y trazando.

Y tú en medio -
serio, claro,
con toda humildad.

Algún secreto compromiso
tienes con lo simple,
con lo olvidado, con lo débil.

Te conmueve
lo vulnerable, la inocencia,
te remece
aquello que levanta
por vez primera
su insegura mirada
al mundo grande.

Desde temprano
está en tus dibujos,
abarca décadas de tu trabajo,
y aquí en tus carbones ahora
se vuelve a expresar.

La gracia
de lo que emerge.

Pareces mostrar
que todo alrededor nuestro
está de continuo emergiendo,
la pala, la cortina,
la manzana sobre la mesa,
la mujer, la tarde.

Crees tal vez que palabras e ideas
son lastre, impedimento,
estructuras sin más vida
que la que tuvieron
cuando alguien las buscaba
para decirla.

Rama, cello, lápiz,
mujer apoyada, vereda,
anciano sonriente, playa.

Inicio
trazado en cada papel
que sueltas de tus manos.

Trabajas con poco.
En tus imágenes
hay aire y luz,
no pesa tu carácter
sobre trazos, áreas, sentido,
con mínimas líneas
muestras la vida
en los papeles
que alejas después de ti.

Con poco -
pero en este poco
está concentrada
la intensa pasión
con que miras,
trabajas y das.

Tus rápidos trazos
esconden la paciencia,
la dedicación delicada
que comprometes
al ver y comprender
lo que a tus ojos se muestra.

¿Elegante? ¿Exacto?

Amante tal vez.
Como quien sabe
que lo amado
es lo que importa.

Tout veut qu'on l'écoute -
écoutons jusqu'au bout;
car le verger et la route
c'est toujours nous!

Y mira ahí,
también entre tus cosas,
el huerto y el camino,
más de eso nuestro
que quiere expresarse,
que le oigamos
- al decir de Rilke -
que integremos
- a tu decir -
su naturaleza emergente
a la conciencia asombrada.

Imagen temida
en quienes piensan y afanan,
pero en otros alojada
en la paz de un respirar
confiado y amante.

La ladera de Muzot
en suave declive,
los frutales, la tierra húmeda,
el camino de labores
- ahora de paseo -
hacia adelante, hacia la luz,
hacia la reflexión
del momento.

Eres reservado, pudoroso,
con tu música,
con tu cello querido
de madera clara.
Hoy viniendo al taller
te escuché de lejos,
me senté en la entrada
y apoyé la cabeza
contra la puerta.
Divagabas, ibas, volvías,
jugabas
con las armonías mutantes
del quinteto en do mayor,
como un niño
que desarma el juguete
y quiere entender,
así eran tus melodías:
libres, sueltas, intentadas.
Después silencio:
¿café, agua?
Volviste al cello
y ahora conformaste todo
a un fluir
reverente y espiritual,
la búsqueda que expresa,
la expresión que busca,
asertiva hermosura del alma,
de nuevo, de nuevo,
desde aquí, desde acá,
el discurso precioso.
Días más tarde dibujaste
- una vez más -
la cabeza del cello,
sus llaves oscuras,
las cuerdas tensas
y el apoyo negro.

Uvas.
Llevo media tarde
mirando tu dibujo,
abriendo espacio
para acoger lo que dices
y así se exprese
también dentro de mí
lo que tú viste,
lo que tú dejaste entrar
a tu sentir.

¿Apetito, sed?
¿La naturaleza,
sus dones exquisitos?
¿Gratuidad?

¿Gratitud?

Algún asombro
recorre mi conciencia,
y casi sé
lo que hay de ti
detrás de estos trazos,
lo que en ti maduró
antes que tomaras
papel y carbón
y retrataras el racimo.

¿O era
el simple placer
de hacer lo bello,
de ir y trazar,
y saber
que está bien?

También bajo sombras
lo que muestras,
tus líneas y manchas,
es liviano y claro,
no hay en tus dibujos
trazos sin luz,
incluso donde mezclas
puedo leer, puedo ver
cómo lo has hecho.

Lo difícil viene más tarde,
en el propio corazón,
cuando quiero entender
lo que no entiendo,
pero algo me lo quita
y no me deja.
Cuando no maduro
lo que tú ya lograste,
cuando las líneas son signo
y las manchas mensaje,
pero yo no sé
lo que dices.
En tanta soledad
como en la que tú trabajas
el tiempo va más rápido
y tú te alejas,
pero yo voy lento
y más atrás.

Quizás era esto entonces
aprender de tu oficio:
ver con el alma,
y después recién
- con manos livianas -
tomar el carbón.

La ética de lo libre
recorre tus dibujos,
y ahí vas sacando
lo que sobra, el exceso
con que cubrimos la verdad,
las ideas, las palabras,
las defensas contra la vida,
todo el miedo.

Menos, dices,
es posible con menos,
hazlo liviano,
hazlo claro,
como seña entre amigos,
como sonrisa desde lejos
a la amiga amada.

La ética de lo limpio.
A veces intuyo
que me va a resultar,
que lograré
asumir tu rigurosa mirada,
y que mi mano
algún día trazará
- correctamente -
lo que se nos muestra
sin más.

De lo práctico
es necesario muy poco,
queda tiempo
para asombrarse,
para ver y aprender.
Callaste.

Abriste carpetas
y miraste dibujos
de distintos años.
Hay tanto que hacer.
Más carpetas,
más dibujos.
Lo que he caminado
no es nada.
Miras hacia la mesa,
piensas, buscas.

Crisis:
creo que has entrado
a un espacio nuevo,
a un sentir distinto,
y que algo se prepara
dentro de ti.
Te ofrezco un café.
Aceptas, pero
te cuesta conversar,
tienes la mirada ida.
Me voy pronto.

La vida
está abierta y luminosa
como día de primavera,
tengo ganas de dibujar,
pero sé que en el taller
están pasando cosas,
que hoy no puedo.

La gente está lejos de ti,
no te gusta hablar
de exposiciones, de críticos,
de cómo otros te ven
o cómo tú los ves a ellos.

Quizás te expulsaron
con sus cosas llamativas,
o sus diarias pequeñas cosas,
con su arrogancia
o su ignorancia,
con sus luchas de poder,
quién sabe cómo es que
ahora estás solo.

O quizás tú a ellos
los alejaste de tu corazón,
día a día triste,
sin más remedio
ni posible esperanza,
y creaste espacio
para cuidar de lo serio,
de lo que sí importa,
día a día
no pudiendo creerlo.

Somos pocos
quienes entramos a tu taller,
sé que quieres
mañana algún día
una pareja de perros,
que quieres
saberte bien acompañado
por papeles y carbones,
y para ti
horas creativas
de asombro y paz.

Un día sí te pregunté,
¿y la gente?
Reíste, claro, dijiste,
hacen sus cosas
como criados
por la abuela miedosa,
desconfían de todo
y se dan vueltas:
miedo, odio, maldad,
más miedo, más maldad.

Pero la vida
va por otros caminos,
está en nosotros
ver y mostrar.

Tomaste lápices
en tus manos ágiles
y jugaste con ellos
un tiempo.
Me pasaste uno
mirándome a los ojos
y me preguntaste
¿a trabajar?

Tomábamos café,
la tarde de verano
alargaba sus horas
hacia la noche,
había paz y luz
arriba de los techos
de las casas vecinas.
Arte es correr límites,
me dijiste,
es desmontar ideas
y volver a la vida,
a reverenciarla,
a agradecer.

Estaremos muertos
tanto tiempo, después,
agregaste,
es ahora el momento
de ver, de asombrarnos,
de rendirnos conscientes
a tanta belleza,
de intentar ser
un lápiz en su mano
y así trazar
una línea honesta
de su imagen actual.

Después de ver un dibujo
de agua cayendo
sobre una mano reposada
recordé
las muchas imágenes
de agua
que has dibujado,
vertiente, vaso semi-lleño,
río, lluvia, niebla,
tetera hirviendo, olas,
gotas en el vidrio.

¿Qué ha pasado por tu mente,
qué te has preguntado,
de qué estás convencido,
qué has agradecido?

Quizás qué se ha abierto
a tu vista curiosa,
qué ha dicho su verdad
a tu corazón despierto.

O tal vez has querido
que sea tu corazón
el que dice una verdad suya:
agua.

No lo sabremos,
quizás.

Tal vez antaño
en niñez o juventud
eras parte de un equipo,
un amigo entre amigos,
en juego a la pelota
o generosos ayudando
y todos eran uno.
Mañana, pensaste,
cuando grandes,
jugaremos otros juegos
todos unidos
contra lo difícil,
contra lo imposible,
y repartiremos dadivosos.
Y más tarde aún,
sintiendo amistad,
viste con tus ojos de artista
quebrarse la palabra,
y con manos incrédulas
recogiste mil pedazos
de letras destruidas,
Tal vez, dudaste,
eras tú el equivocado,
la posibilidad errada,
y el juego era cambiarlo,
era sorprender y quitar,
al ingenuo primero,
riendo.
Quizás
qué dirías tú,
si te lo preguntase,
si fue así o no,
si alguna vez de adulto
quisiste jugar amistad
y no pudiste.

¿La Biblia?, te pregunté
entrando al taller,
ahí estaba sobre la mesa,
abierta, frente a ti.
Sí, me dijiste sonriendo,
hay historias entretenidas,
muy entretenidas, mira -
y me contaste de alguien
que hacía cosas que olvidé.
Fue una sorpresa,
tú y la Biblia,
resuelta con ese humor
tan liviano y tuyo,
no, lo sagrado
no está en las palabras,
me aseguraste,
para qué confundirse.
Es tan bonito el libro,
seguiste más tarde,
lo dibujaré un día -
con lápices livianos,
como recuerdo
de otras gentes y tiempos,
de oraciones trilladas
a falta de propias
pero oraciones igual.
A la semana fue así.
El dibujo yacía
sobre la mesa,
que yo lo vea:
el libro grande, imponente,
una imagen clara, ligera,
trazada con ternura
sobre un papel rugoso -
el libro sagrado.

Íbamos antaño
de sorpresa en sorpresa,
el corazón saltando,
me dijiste un día,
el corazón abierto
en días llenos
de toda la riqueza.

Después
hicimos signos,
hicimos palabras,
y en las palabras
creamos escenas,
y después
vivimos en ellas.

Ahora
queremos salir,
queremos volver
a la verdad
sin palabras,
sin intención,
sin signos.

Queremos volver
a ser fuertes,
a resistir
impacto e impresión,
queremos
ver y crecer,
de frente,
confiando.

Vivimos
detrás de rejas,
seguiste ese día,
vivimos
detrás de palabras,
de ideas, de modas:
queremos sentirnos
seguros.

Porque
asombrarse es duro,
y ver es demasiado -
cuando el corazón
va agitado ya
de tanta grandeza.

Entonces ahora
nuestros lápices,
nuestros papeles,
de a poco
abren camino
y muestran
hacia lejos,
hacia la imagen
libre,
entera y sana.

Claro, pensé,
depende de qué queremos.
Y es verdad,
hemos querido dominar
y no ser dominados,
hemos querido controlar
bestia, agua y enemigo,
incluso los peligros posibles
los miles de miles,
y se nos fue el tiempo
para vivir.

Pero hoy podemos,
mira tus dibujos,
cómo confían,
cómo dan.

Hoy
nos resulta de nuevo,
tal vez,
andar y ver
sin temor en la mente
y el corazón agradecido,
quizás nos resulta
- como a ti -
dibujar la realidad
con manos reverentes.

Mirando tus papeles
descubrí anoche
que en muchos dibujos
hay una dirección
hacia arriba,
una actitud erecta,
un modo de ser
alto y asertivo.

Y hoy, cuando
entraste al taller
- carpeta en mano -
vi en ti lo mismo,
una clara altura
al mismo tiempo
cuidadosa y confiada,
un estar despierto
viendo el mundo.

Quizás tus dibujos
son tu carácter,
tu modo íntimo de ser,
quizás
no sabes ser distinto
al artista que eres,
y yo tendré que aprender
en equivalencias
lo que tú ya sabes.

Quise aprender de ti,
- a eso vine a tu taller -
y hoy veo
que debo hacerlo
muy de otra manera,
que debo
mirar hacia adentro,
caminar más como soy
y dar de lo mío.

Quién sabe
si algo de esto
lograré hacer,
si seré asertivo
como tú,
claro y convencido,
si en el papel
dejaré huellas mías
hacia la realidad
que nos atañe,
y si el lápiz
trazará con gracia
la seriedad
que me has enseñado
intentar.

Hoja de ginkgo.

Usaste sólo carbón,
pero parece
una sinfonía de colores
derramada ahí
sobre la superficie querida,
un juego
de dinámicas otoñales
que se eleva del papel
y a la vista
se despliega con fuerza.

Cierro los ojos
y vuelco la mente
sobre el árbol desordenado
que tú viste soltar
algún día de frío
sus primeras hojas amarillas
al césped receptivo,
cayendo con ellas
tú mismo quizás
en vueltas de luz,
compartiendo así
su destino natural,
solidario, desprendido,
y finalmente yacente
sobre el pasto
de cara al cielo gris
allá en las alturas,
un hermano sensible
en su hora final.

Tu hoja de ginkgo
aquí en el papel.

Luz,
me has dicho tantas veces,
es lo que nos hace,
todo lo que somos,
huesos, músculos, piel,
la mirada y la voz,
y el modo de cada uno -
luz, es luz
lo que nos hace.

Y en tus dibujos
debe estar tu luz,
me repites sin pudor,
que de inmediato se sepa:
esto es tuyo.

Has de ayudarle
a que sea,
a que se exprese,
a que brille
sin impedimentos
desde el carbón
que traza la imagen
y sobre el papel
que la sostiene -
y lo diga:
así es
como yo soy.

Supé que estudiaste
a los chinos,
a Lao Tsé, a los taoístas,
que un año entero
estuviste en el I Ching,
y que después fue
su medicina
durante años, muchos años.

El respeto a lo que es,
la sensibilidad,
las imágenes
que dicen siempre más,
la fuerza del agua,
el mutuo apoyo
y el ciclar permanente.

Quizás
fueron tus maestros,
los viejos,
quizás ahora
dibujas confiando
en el juego de energías
que te rigen,
tal vez
tus lápices y tus carbones
sólo trazan
las líneas de fuerza,
y ahora así se nos muestra
con toda claridad
la verdad de tu vida.

Encontré
este dibujo pequeño
representando tu cello,
el cuerpo, el arco y la silla,
todo como lo dejas
después de tocar.

Un juego
de lápiz y papel,
de sombra y luz,
y en medio, resaltado,
el cello,
una melodía
casi aún en el aire,
la fuerza armoniosa
de un sentir musical
que se expresó recién
en esta misma sala
y parece perdurar
con su cantar.

Pero
es tu verdad visual
la que está aquí,
la que perdura,
tu entrega a
sentido y contraste,
es tu sensibilidad
a diario renovada
la que se expresa
en esta imagen
oscura y clara,
bella, recogida,
casi sagrada,
en esta muestra
preciosa
de tu alma artista.

Dibujar,
me dijiste,
es irte,
es abandonar
lo que fue tuyo,
lo que moró
en tu corazón
mientras crecía,
es desprenderse
para siempre
de lo que en ti fue
esfuerzo, desafío,
meditación,
es dejar el papel
sobre esta mesa
y girar hacia lo nuevo
que en algún lugar
propio e íntimo
madura su modo
muy particular
hacia tu conciencia -

dibujar
es el último adiós
a lo conocido,
y volcar la mirada
osadamente
hacia adelante.

He conocido aquí
a algunos de tus alumnos
quienes, igual que yo,
quieren aprender
- más allá de usar lápiz o carbón -
a ver el sentido
y a expresarlo.

Dos muchachas,
una callada,
otra más simpática,
un joven alto llevado
por un fuego interno,
y una mujer
que parece amarte
perdidamente.

Nos saludamos
respetuosamente,
como sin molestar,
pero no hemos parado
a reunirnos,
a conversar o reír.

Cuando deje de asistir
a tu taller
pasará un tiempo
antes que ellos
se den cuenta.

Tu taller
es
escuela del corazón.

Es
aprender a perder,
a renunciar,
a soltar lo querido,
a caminar hacia lo ignoto
con paso valiente,
es
mutar y cambiar
y en cada vuelco
dibujar lo visto
con mano
ligera y generosa -
y seguir.

Quizás algún día
sepa hacerlo solo,
sepa armar un taller
y mostrar tu oficio
a quienes quieran
aprender
lo que de ti aprendí.

Pero del conversar
tú y yo
en torno a un café
¿qué será?

Llegaste temprano,
irrupiste al taller,
te sentaste a la mesa,
tomaste papel y carbón,
hiciste cosas
que no me atreví a espiar
y saliste a la calle
con el apuro que entraste.

Al atardecer volviste
con paso relajado
y una mirada
tranquila y feliz.
Me hablaste
de un amigo,
de un proyecto,
que había otra gente
y que querías ayudar.

Dos días más tarde
me contaste
la historia entera:
querían crear
talleres para niños,
y te necesitaban.

Tu cara brillaba.
Mientras jugabas
con unos lápices
te serví un café.
Y conversamos
sobre niños.

No sé por qué,
me dijiste,
pero creo que son
los niños
que han sufrido
los que más ven,
los que mejor expresan
la imagen interna,
anhelo o miedo,
y quienes van
más leales
con juguete,
árbol o perro,
ayudando, queriendo,
sintiendo enteramente
el río ancho
en que vamos
hora tras hora.

Quieren
que en estos talleres
enseñe a los niños,
pero me temo
que serán ellos quienes
a mí enseñarán -
con sus ojos abiertos,
sus manos fuertes,
su compromiso
y su verdad
emergentes.

Te hablé del jardinero
y me hallaste razón,
del cuidado humano,
de tierras y riego,
de la paciencia,
y un día
la vida nos da
bulbo, tallo o fruta.

Sí, dijiste,
los niños.

Fuiste
a tus carpetas
y miraste entre tus cosas,
observaste
manitos, cabezas, pies,
cejas altas, labios,
mejillas, pelo -
y los niños mayores
que trazaste
jugando, corriendo,
con una pelota
o pensativos.

Querías estar solo,
me percaté,
tu mirada buscaba,
iba aquí y allá,
y tu cara estaba seria.

Me despedí
con voz baja
y salí del taller.

Te vi muy contento
los días que siguieron,
crear
los talleres de niños
te tenía ocupado,
escribiste cosas,
ideas sueltas
en papeles sueltos
que tomabas hacendoso
y salías de nuevo
a la calle agitada.

Una tarde
te sentaste con calma
y me ofreciste café.
Ha sido
un bello recreo,
me dijiste,
en medio del trabajo
serio y osado
de mis últimas décadas.
He gozado
inventando cosas
para niños
que aún no conozco.
En realidad
ha sido un privilegio
hacer todo esto.

En la expresión
de tu cara,
en tu voz,
había una belleza
madura y humana
que hubiese querido
saber dibujar.

A las pocas semanas
se iniciaron tus talleres
y viniste poco al taller.
Me decidí finalmente
dejar de venir.

Una tarde abrí de nuevo
cajones y carpetas
y estuve mirando
tus papeles,
dibujos, carbones,
la riqueza exquisita
de vida y sentido
que volcaste
sobre mil superficies,
y también miré
algunas cosas mías,
el lento despertar
de una expresión
a mi modo.

Tomé solo
una taza de café,
miré y pensé
y estuve serio.
La próxima taza,
me prometí,
será contigo,
y conversaremos
sobre niños, lápices,
y sobre los pasos
que hemos dado
en los últimos
días y meses.

EL VIEJO

Vienen a verme,
me cuentan sus cosas,
planes y lógicas,
historias ramificadas,
sufrir y quiebre,
el sino todopoderoso,
que yo entienda,
que dé descanso,
y por un momento
no se sienta tan hiriente
esta desdichada soledad.

Creen que aquí a mi lado
por un rato hay paz,
que contándome sus pedazos de vida
se alisa su dolor,
se muestra su largo empeño
tal vez aún en luz elogiabile,
se demuestra su buena voluntad
aún admirable, aún valiosa.

Pero no saben que cansa,
que no es así,
que se equivocaron días, años atrás,
que es otra la luz
que brillaba en sus ojos sanos
antaño, de niños,
y un nuevo logro se mostraba
liberador y feliz.

Sino soltar, sino perder,
sino el camino hacia lo difícil
mil veces y de nuevo,
mil veces
sin derecho ni recuerdo,
siempre otra vez hacia lo ignoto
con la frente en alto
mirando la nueva dificultad,
y, sí,
humildes, agradecidos.

Pero se afanan
y se muestran orgullosos,
discuten y pelean,
este lugar es mío,
tú me escuchas,
calculan y temen,
quieren ser de allí, de aquí,
temen quedar solos
y se someten,
se esfuerzan y se agotan,
un día se quiebran.

Dame una pócima,
por favor, dame algo,
alíviame, no puedo más.
Pero no doy nada
ni menos alivio.
Miro atento, busco
las señas de lo que aún vive
por detrás de lo dicho,
y a eso hago signos,
a ver si juntos destruimos
el poder de sus cuentos.

Juegan a ganar
y cuando pierden
quieren el premio,
no obstante.

Claro,
somos muchos nosotros,
a quienes se nos dio,
otra vez, una posibilidad,
a ver si ahora vemos,
si ahora escuchamos,
si en nuestro corazón
somos leales
a quien a nosotros
apuesta
en contra de la luz
de este otro juego,
de este juego
más serio y profundo
y mil veces más bello.

Y ahí vamos entonces,
ayudando a erguirse
a quien también se le ha dado
una segunda chance,
ven, es otro el juego,
deja ir aquello y mira,
quizás descubres que
es otro el paisaje,
otro el sentido,
que todo es más tuyo,
ven.

Las semanas iban,
le costaba seguir
y su intuición a menudo
se enredaba en temores,
no sabía bien
a qué voz escuchar.

Soñó
con su casa,
con un perro que se alejaba
hacia pradera y bosque
y ella lo llamaba angustiada,
pero no se devolvía.

Le ofrecí un té de hierbas,
como si fuese pausa,
conversamos y unidos fuimos
por paisajes del vivir
compartiendo el tiempo
que se nos regalaba
a mitad de mañana.

Más tarde
le pregunté sonriendo,
si fuese ella
el perro que corría,
qué sentiría.
Sorprendida
me miró a los ojos
y dijo
me sentiría feliz.

Con una maza
nos golpea la vida
a ver
si esta campana que somos
suena afinada,
si es verdad que el artista
mezcló el bronce
en proporciones buenas,
si lo calentó sin mezquindad,
si el sonido avanza
bello y seguro
hacia la lontananza,
si invita a gracia y reverencia.

A ver
si nosotros, tú y yo, agregamos
lo nuestro, lo humano,
a la música de viento y bosque,
y todo se aviene acorde,
como creado y sostenido
por las mismas fuerzas,
si nos damos las gracias
en cada encuentro,
y todo respira
de la brisa fresca
el mismo aire.

Me dijiste
con voz calmada:
Llanto
se casó conmigo,
ando de novia
hace días ya,
incrédula, traspuesta,
nada es como era,
enamorada de él
cruzo las horas,
las lágrimas resbalan
de mis mejillas
hinchadas y tibias,
mi vida ha cambiado
desde que me eligieron
princesa
para este príncipe
que antes
yo hubiese dejado ir.
Llanto
me atiende generoso,
cuida de mí,
aleja interferencias,
da vueltas en torno a mí,
me ama y se deja amar
como nunca
he amado en mi vida,
me tiende la mano
y me abraza con delicadeza,
lo que veo lleva su luz
y no puedo vivir sin él:
no sé más de mí
sino sólo de la sal
que me dejan sus besos
sobre mis labios
sensuales.

Apenas resuenan aún
mis últimas palabras,
pasan los minutos
y las observo
con el cuerpo
volcado hacia adelante,
su pelo cae
y les cubre,
apenas noto
el lento mover
de su respiración.

Algo se derrite
aquí, allá,
se acomoda
y baja otro poco.
Pasa el tiempo.
Repentinamente
está ahí:
el silencio.
El aire cambia,
la pieza se transforma,
y en medio se crea
un volumen de pureza.

Paz
llena el espacio.
El tiempo
muestra su riqueza.

Al levantar el torso
aparecen caras
llenas y luminosas.
Gracia y vida
se derrama
en medio de nosotros.

Que siendo hombre
no se puede tener
tanto miedo,
me dijiste,
que era una muralla,
que no tenías aire,
que te sentías rígido
y sin libertad
más que la de avanzar
a destrucción o libertad,
quién sabe,
ya sin atrás que te cobije,
ya sin compañía,
una apuesta
todo o nada
que no querías asumir,
pálido, blanco, temblando,
no se puede,
repetiste,
siendo hombre,
y pisando hacia adelante,
incierto, angustiado,
hacia tu salvación,
lo hiciste, amigo,
ahora aquí,
a este lado por fin,
con tu vida
por delante.

Nos creemos astutos,
pero algo más astuto aún
nos ve y tolera,
nos da un tiempo,
nos presta a nuestras ideas,
nos deja ir -
pero no para siempre,
un día eso dice basta, no más,
ahora ganan mis juegos,
ahora domino yo,
empujo, freno, quito centro,
subo, bajo y juego azar.

Para algunos es tarde:
no tienes vuelta.
Otros la tienen,
pero no quieren.
Algunos sueltan
y se abren a lo nuevo,
estos pocos,
después de la desesperación,
después del sufrimiento,
entienden, agradecen -
y renacen.

Giran la vista hacia atrás,
al montón de ideas, de valores,
de viejas astucias,
se avergüenzan inquietos,
cómo, cómo yo -
y ahora puedo de nuevo,
con qué derecho
puedo intentarlo bien,
por qué tanta suerte
a mí.

Hay conversos a la vida
que andan agradeciendo
por cada paso que dan,
por cada instante
que se les da de vivir
más allá de lo ya vivido,
andan
de maravilla en maravilla,
se sorprenden, donan,
se alegran, respiran profundo
y de noche duermen bien.

Hay depredadores
que van apurados, exigentes,
no toleran errores
propios ni menos ajenos,
creen cosas increíbles,
rezan, pagan, calculan
y de noche
no paran de pensar
los universos pensables.

El sol emerge
a diario detrás de las cimas,
el agua corre de las nieves al valle,
pájaros viven y animales,
las mareas van y vienen,
el viento sopla el aire
por encima de playa o pradera
hacia bosque, ladera y cerro,
y de noche, a veces,
surge niebla
y cubre el valle.

Hay personas
que nunca se han sentado a pensar
todo lo mucho que falta:
prestigio, suerte, dinero, fama,
relaciones, poder, espacio, tiempo,
belleza, salud, juventud, diversión
o alguien que las quiera distinto.

Que no han comprendido
cuán injusta es la vida,
quizás con ellas mismas,
así como ella abandona
a que cada una se las arregle
con lo que cayó en sus manos
por azar o trágico designio,
que no han visto en profundidad
causa o alcance
de mil destinos poco felices.

Pero que entienden
que a menudo no es suficiente
pedir, solicitar
o decir en buenas palabras,
sino que es necesario
levantar la voz
y demandar llanamente
a quien no quiere oír,
tal vez dejando en claro
que hay consecuencias
que mejor ni pensar en ellas.

Personas hay
que no han descubierto aún
cuánto
se les ha perjudicado.

Ando liviana,
me dijo la mujer,
estoy sorprendida,
días ya que no siento el peso
que llevé durante años,
liviana, casi feliz,
pero no sé de mí,
no sé a dónde quiero ir,
liviana y perdida
cruzo los días
¿qué me pasa?

Mariposa
voy de cosa en cosa,
como una hoja al viento
me dejo llevar por el aire,
no quiero nada
y tampoco sé dónde estoy,
floto de brisa en brisa
y avanzo a través
de un universo de colores
al que apenas tienen acceso
las personas cercanas,
casi me avergüenzo.

Qué es del peso,
del sufrir y de la angustia
según me cruzaba con gente ,
qué es de los días oscuros,
del llanto, de la falta de aire,
del encierro en el baño,
a dónde se fue todo esto,
y yo, ahora,
liviana, casi contenta,
¿a dónde voy?
Dime
¿qué me pasa?

Me ha contado
un joven muchacho,
he venido
al cementerio de mi alma
a enterrar
todo eso que ha muerto:
anhelos, buena voluntad,
mi maldita buena voluntad,
mi disposición
a ser servicial,
a atajar los problemas,
a solucionar
lo que otros no pudieron,
a caminar la otra legua
y a poner la mejilla.
Han muerto muchas cosas,
me dijo,
el creer en tantas cosas
que son mentiras,
en la buena sociedad
y en las buenas profesiones,
en la compra y venta
de toda la felicidad,
en seguridad, salud y bienestar,
he venido a enterrar
mi credulidad, mi tontera,
espero que estén muertas
y para siempre muertas.
Porque de aquí,
del cementerio de mi alma,
saldré libre, realista,
a abrazar dificultad y riesgo
como enamorado,
a jugar y desafiar,
derrota y triunfo en la balanza,
cantando feliz.

Des-mezclo.
Eso es lo que hago.
Vienen a mí
con corazón mezclado,
con el alma
hecha mil capas
- anhelos, temores -
giradas y traspuestas
y vueltas a girar
sobre sí mismas
en nudo de nudos.

Dicen
que les falta el aire,
que les dejó una persona
o que enfermaron,
buscan
que les cambie el mundo,
que les valore, les reconozca,
inciertos,
si es que hay esperanza,
si es que yo veo luz
en alguna parte.

Des-mezclo -
si quieres.
Renuncia, mira, reconoce,
avanza, respira,
teme los grandes temores,
goza las grandes confianzas,
limpia, endereza.
Y entonces a veces
resulta un día
que sí veo la luz -
en sus caras despejadas,
honestas y sonrientes.

Me mira el niño
con ojos grandes, abiertos,
una greda blanda
en que todo se puede marcar,
bondad, fuerza, sensibilidad -
o temor, agresión y miedo.
Pasará por los códigos
de madre y padre,
los profesores inscribirán
sus vidas y circunstancias,
compañeros probarán
sus estrategias emergentes
y en la calle
no faltará quien quiera
decir su propia versión.

Pequeño árbol
creciendo en la ciudad,
hojas tiernas abriéndose
a un aire distinto de bosque,
raíces buscando
entre ladrillos y cemento
el humus necesario,
árbol pequeño
no obstante subiendo,
creciendo sin embargo:
milagro precioso
aquí en medio
de todo esto.

Le hago bromas
con dedos suaves
y él
- sonriendo sorprendido -
me mira con sus ojos
abiertos y blandos.

Entró a esta pieza
con mirada destruida
y caminar enfermo,
me pasó una mano
blanda y sin carácter
y se sentó desconfiado.

Soy el vencedor
vencido.
Ahora no puedo
con mi vida,
arrastro a quien fui,
choco con mujer e hijos,
amigos
no quiero ya tener,
las noches
son interminables,
no quiero más.

El avión se sentía mío,
así, seguro en mi asiento,
un viraje con vigor,
una picada certera
y la descarga poderosa
que había de destruir el mal
que a este joven
le habían enseñado aniquilar.
Un día se me abrió
una otra mirada,
años ha,
y aquí estoy,
desde entonces mal.

¿Qué me ofreces?
¿Hay algo
que me puedas ofrecer?

Trafiqué
con papeles, con claves,
con cuerpos,
mezclé evidencias,
escondí relaciones,
fui el médico
en quien confiaron
la reputación de sus vidas,
el honor de sus familias,
el salvador atrás
en el lugar
de tortura y muerte,
el profesional
que llevó a descanso
toda mala conciencia.

Años más tarde
enfermé de esta dolencia
que nadie sabe tratar,
qué opinas tú,
colegas, especialistas,
algo no responde en mí
y renuncian con voz baja.
Quizás es el pago
de culpas y acciones,
quién sabe,
o una justicia misteriosa
que funciona
sin jueces ni abogados,
qué crees tú,
tal vez
son juegos de mi mente,
o es casualidad,
qué piensas tú,
quizás es azar no más,
quién sabe.

Luz,
has llegado con luz
por delante,
en tu cara, en torno a ti,
incluso tu saludo
parece confirmarlo:
estoy bien.

En el conversar
eres recatada,
nada nuevo en realidad,
pero sí, me lo han dicho,
que estoy cambiada,
que sonrío a menudo,
quizás, sí, un poco,
quién sabe.

Me cuentas de tu vida
- como otras veces -
y no te das cuenta
cuán distinto es tu relato:
que escuchas música,
que bailas,
que has hecho cambios
en trabajo y casa,
que has vuelto a leer,
que juegas,
que planeas viajar.

Te vas.
Y contigo se va la luz
viva y contagiosa
que tú aún no percibes.

Trajiste
toda la basura del mundo
que a tus pies aquí volcaste
como signo de alcurnia,
de prestigio supremo,
que yo entienda,
que te comprenda,
que reconozca
tu esfuerzo extraordinario
y que ahora invente para ti
un minuto de descanso
entre tanta tensión.

Con razones poderosas
desvirtúas el sufrir,
rabias o pena,
o alguna sugerencia
que atreva a proponerte.
Genio y figura,
pienso para mí,
perdida la hora,
mientras te veo erguirte
e ir a la puerta.

Faltan más golpes,
más aspas rotantes,
sigo ponderando,
si la vida algún día
ha de recuperar
este corazón perdido
y lo ha de situar
en medio de sí,
de asombro y maravilla,
feliz y sano.

Vista amplia
sobre valle y pradera,
arriba la luz del mediodía
iluminando la bóveda
bajo la que se despliega
esta fiesta del vivir,
árbol, pasto, vertiente,
animales despiertos
respirando y comiendo,
emoción sobrecogedora
en el alma conmovida.

Proyección al futuro
de hijos y nietos,
de convivencia solidaria
compartiendo, donando,
mostrando y cuidando,
hacia simpleza y significado,
hacia la exquisitez
del andar juntos -
anhelo liberado
hacia un mañana cercano.

Claro,
es la otra dirección.
Felicidad de ver,
de dejar ir
en medio de la luz,
la vuelta hacia la vida.

Pones tu alma
sobre una piedra,
con otra golpeas encima,
idea sobre idea,
día tras día
las chispas saltando
del juego perverso,
razones, valores, lógicas,
el arsenal completo
contra la vida.

Té de hierbas,
te ofrezco un té,
¿quieres?
Interrumpí tu relato,
con mirada sorprendida
buscas una respuesta,
sí, no, mejor no,
bueno, dame uno.
Vierto el agua
con toda paz.
Tú ves con miedo
la pausa en el tiempo,
quieres hablar,
decirme más,
con angustia te apresuras,
haces correr
el río de ideas.

Y qué será de las piedras,
me pregunto,
de noche,
cuando duermes.

No tengo ganas,
me dices,
todo me aburre.

Te observo,
muchacho,
caído sobre el sillón
como estás,
la mirada opaca
dirigida a ninguna parte,
la voz suave y débil,
casi no respiras.

Me pregunto
si lejos
en sabana o bosque
hay algún animal
que no tenga ganas,
o que niegue su tiempo
como tú aquí
niegas el tuyo.

Y pienso
aquí yace
- vivo aún -
NN.

Cual
flautista de Hamelín
la tensión
se llevó de la ciudad
encantados
ratas, niños y adultos,
en filas y ruedos
siguieron su melodía
de novedad y magia,
y en aguas turbias
se fueron hundiendo.

Miedo
a ti, a él, a ella,
miedo a mañana,
a todo lo que puede pasar,
miedo
a ser menos,
a perder, a cualquier cosa,
miedo sobre miedo,
ya sin aire
inventando más miedos,
agobiados, exhaustos,
angustiados de vivir.

Y unos pillos ahí
apurados
haciendo flautas
para más flautistas.

Has visto caer
las imágenes del alma,
todas
tus más queridas imágenes,
creencias y anhelos,
llorados trozos
de tu intimidad herida
ahora quebrados, trizados,
sentido de vida
tanto tiempo
cuidado y atendido
ahora sin sentido,
lágrimas de derrota
cayendo a tus mejillas
cansadas ya
de tanta tibia lágrima.

Aprietan tus manos
un pequeño pañuelo mojado,
se mueven a veces
nerviosas en tu falda,
tu cabeza está gacha,
el pelo cubre tu cara,
pesado está tu cuerpo
sobre el sillón,
no ves
más que desolación
y no distingues
hacia dónde dirigir
tus próximos pasos.

Pero a mí
me da ternura intuir
lo nuevo, lo próximo,

lo que viene sobre ti,
lo que pronto
llenará tus manos
con inocencia y libertad
y en tu corazón
te hará sentido.

Del entusiasmo
les nace la eternidad,
la idea de triunfo,
de las ganas
se proyectan al futuro
y pronto crean
jerarquías y derechos
que la realidad mejor
tendrá que saber respetar.

Ingenieros de la felicidad,
reyes, reinas,
a diario soportando
el lento seguro
derrumbe de sus reinos,
a diario soportando
la lenta segura
creciente enfermedad.

Pero las olas aún
van en ritmos mostrando
crecida y retiro,
los animales expresan
anhelo y satisfacción
por partes iguales,
y los niños juegan
entre más y menos
a lo ingenuo y lo nuevo.

Transforma lágrimas
duras en blandas
y la vida crecerá
en tu corazón liberado:
me miras con ojos en duda,
crees no saber entender
de lo que te hablo.

He renunciado a tanta cosa
y mira como estoy,
sigo destruida sin esperanza,
qué más quieres que suelte.

Claro, pienso para mí,
lo que cae en tus manos
vas y lo sueltas,
demostrando que nada sirve,
que estás destinada a sufrir
frente a todo el mundo.

Pienso que te gusta dominar
el juego que juegas,
que a ti misma no te soltarás
aunque te cueste la vida,
y que lo duro
nunca será blando
en tu mente desdichada.

Pesadas nubes cuelgan
del cielo invernal,
lloverá y hará frío.
La imagen me hace sentido,
así como voy
entre durezas y oscuros relatos
y quiero recogerme
a un lugar templado,
protegido de lo externo.
Lloverá, hará frío,
pero volveré a ver el sol,
se entibiará el aire
y la luz se esparcirá generosa -
sólo lo duro
igual seguirá creando relatos,
trampas de orgullo y demandas,
de miedos y más miedos,
sin ninguna esperanza
de sol y luz.

Sólo los pocos agraciados,
los doblemente agraciados,
saltan al lado,
dejan ir y se salvan.
Si descubriese
lo que divide
a los unos de los otros,
si estuviese en mí
disolver durezas,
eliminar trampas,
y exponer al sol
a tantos marcados
por miedo y dolor -
¿qué sentido tendrían
ahora para ellos
nubes, lluvia y frío?

¿Dónde está Abel,
tu hermano?

"De manera impecable
aplicamos el protocolo,
las drogas fueron todas
de última generación,
pero no resistió la noche,
descompensación, no sé -
¿soy yo acaso
su guardián?"

Y él mismo,
respecto a sí,
¿se preguntó él
a dónde iba?
¿Quiso ser él de sí
su guardián?

"¿A dónde vas
con las preguntas?
No alteres el orden,
no destruyas la paz,
hay compromisos,
cuida tu interés,
admira el juego
logrado y bonito,
baila el baile
con cara contenta,
vamos, compórtate."

Pero Abel,
tu hermano -
ahora no está.

Ciudades hay
donde antes era bosque,
historias narradas hay
donde antes iban emociones,
donde iban silencios y cantos,
pensando hemos triunfado
en contra de nosotros.

Ya yéndose,
quebrado, sin esperanza,
en reunión de despedida,
le dijo el buen historiador
a la muchacha aprendiz:
reniega, aléjate,
sálvate, corre.

Pero volvemos al lugar,
queremos armar ingenio
con nuestras propias manos,
con nuestros buenos deseos,
y después queremos creer
en lo hecho,
en el castillo de arena
antes que venga la ola,
queremos hacer durar lo propio
y hacer hogar humano
donde hogar humano
no habrá.

Pero lo perdido,
lo de veras perdido,
quién cuenta la otra historia,
la real,
la rechazada, la reprimida,

quién la rescata,
hundida abajo como está
en el mar salado
de incontables lágrimas.

“Cierro mis ojos,
vuelco mi mente hacia adentro,
reverencio y agradezco vivir.”

Respiran más lento,
las caras se hacen serias
y se cierran sobre sí mismas,
parecen cuidar lo íntimo,
el silencio crece
y el respirar es aún más lento.

Algo ocurre en la sala,
no sé nombrarlo,
nace la paz tal vez
o algo sagrado,
paz sagrada quizás,
y el tiempo va
en pasos lentos
impregnado de riqueza
por nuestras vidas.

Les invito
a respirar lento y fuerte,
a finalizar el ejercicio.

De a poco abren sus ojos,
lo hacen con timidez,
como queriendo proteger
su acrecentada intimidad.

Se levantan,
se aprestan a ir,
caen palabras sueltas
aquí y allá.

Se van.

Cierro la puerta
creyendo saber
que algo bueno ocurrió
en sus corazones sensibles.

Me dice:
me estoy quedando sola,
no me interesan las cosas
que antes me interesaban,
veo lejos a mis amigas,
a mi marido no lo entiendo,
sola me estoy quedando,
pero no quiero volver atrás.
He vuelto a tejer, a bordar,
saqué cosas guardadas,
ocupo mis manos
y soy feliz.

Veo a los míos
riendo, conversando
de esto y aquello,
pero no participo.
Ando con esto serio
aquí en el pecho,
esto serio y bueno,
y no quiero soltarlo -
pero me apena verlos
lejos y livianos,
sin lo propio casi,
casi sin vida.

Entonces sola.
Mis tardes llenas de paz,
mis plantas, mis libros,
la luz de la tarde
o en la pieza,
dibujos, música,
mi sillón y la lámpara.
Sola y plena,
a veces con pena, sí,
pero no quiero volver
a lo que fue mi vida.

Te sentaste
en el sillón frente a mí,
sonreíste relajado y me dijiste,
gracias, te doy las gracias.
Me ayudaste a cambiar,
a ver con otros ojos,
a sentir con el abdomen,
a respirar en profundidad.
No sé qué será de mi vida,
no tengo idea,
pero confío y eso es.

Te miré a los ojos,
examiné tu sonrisa,
evalué verdad y apariencia,
dejé resonar tus palabras,
tu tono de voz,
sí, genuino, no hay doblez,
y recordé tu camino,
tus numerosas caídas,
los fallidos intentos
y las muchas lagunas
entre avanzar y perder.

Me contaste de ti,
de lo que te era caro,
de naturaleza, arte, niños.
De los tesoros
que guardaste en el corazón
allá de joven,
de esperanza, de generosidad,
de pasos simples
por un sendero boscoso.
En la puerta

sonreíste relajado
una vez más,
y ahora fui yo quien dijo
gracias, muchas gracias.

El Bosco ya lo dijo
siglos atrás
al pintar la procesión
de papas y reyes,
de obispos y seguidores,
atrás la gente rica,
en pompa y gloria
todos derecho al infierno,
al mostrar
las miles de mentiras,
las arrogancias miles,
pero al lado, abajo,
pobres,
el simple y el viejo,
el perro flaco,
la acción verdadera,
casi sin permiso
para ser.

Se repiten generaciones
una tras otra,
arrogancia, poder, riqueza,
terror y sirvientes,
y la gloria propia,
aquí, ahora,
que todos la reconozcan.

Pero
con quienes se caen
de la alta procesión
podemos compartir
agua y pan,
palabra y sonrisa,
y juntos ir
el camino de vuelta
a la gracia del vivir.

Veo delante de mí
el sillón vacío
que mañana alguien usará.
Contará su verdad,
a ver si puedo dar alivio
a su peso y su dolor,
a ver si entiendo yo
lo que otros no quieren,
si sé valorar
intenciones y buenas acciones
derrochadas día a día
sobre personas que no ven,
que entienden mal
o que agreden sin razón.
¿Qué será?
Y ahí andaré buscando
detrás de su versión
el pulso de veras,
el real sufrimiento,
la vida suprimida
con tanta intención
y buena acción,
a ver si percibo
la otra historia,
la no contada,
si sé sacarla
de su encierro
y ponerla adelante,
que ahora sea ella
la válida, la preciosa,
y se relate
en ingenuidad y gracia.

No sé.

Has dejado teñir tu vida
con las cosas de otros,
pero ahora te pido
que muestres lo tuyo,
que con lo tuyo
tiñas el mundo.

Me miras incrédula.

¿Yo, con lo mío?

Sí, tú, con lo tuyo.

Callas, piensas.

Intuyo

una pequeña tempestad
en tu corazón despierto.

Ganas y pudor,
anhelos e inseguridad,
impulsividad y freno.

Me preguntas mil cosas
y yo dejo que sea.

Algo se asienta,
con cada pregunta
algo se afirma,
con cada duda
algo es más seguro.

Jugamos

como el gato con la lana,
toma ahí, ahora quito,
y el tiempo

lo ganamos juntos.

Sí, me gusta,

pero no sé,

no sé si podré tan luego.

¿Tú crees?

Y quien ahora se va
no es quien entró aquí
una hora atrás.

Entre queja y aserción
me dices resignado,
quieres que aprenda
todo de nuevo.
Sí, y de otra manera.

Se crea un silencio
duro y largo.

Pero al fin
salta una idea fugaz
que seguimos entretenidos,
¿un té?, ¿nueces?,
conversamos distendidos
y compartimos el tiempo
como los amigos que somos,
joviales de ánimo.

Y de vuelta:
vamos, es posible.

Claro,
pero no sé por dónde,
no sé si lo podré,
si lo lograré.

Mientras no lo intentes
no podremos saberlo.

Te sonríes,
vencido o cómplice,
quién sabe.

Así
como te levantas
y caminas hacia la puerta
quiero intuir
que sí, que desde luego,
que claro.

Hace milenios vienen creando
sistemas de convivencia,
arreglos según moda y tiempo,
pretenden mejorar
el ir de la naturaleza
y determinar las reglas.

Ahí van entonces,
construyen y comercian,
intervienen e inventan,
siembran mentiras
y recogen poder,
quien más, quien menos,
gentes astutas y temerosas,
de estos sistemas
quieren saberse parte,
quieren ahí ser útiles,
que ahí se les valore,
se les brinde un buen lugar
para entonces vivir seguras.

Lo dan todo,
voluntad y esperanzas,
vitalidad y salud,
quieren justicia
por tan buen pensar,
quieren no más problemas,
piden llegar por fin
a tierras prometidas,
arrastrándose,
a metros del sepulcro,
y no ven.

¿Estará harta de nosotros
la vida,
la naturaleza,
la bella, la bendita?

Me miras con ojos
de duda o pregunta,
piensas, claro,
quieres encontrar el giro
que te redima
y a mí me muestre errado,
suspiras, piensas,
finalmente preguntas algo,
cualquier cosa,
quieres despistar, ganar tiempo,
pero no preguntarte a ti
lo que yo te pregunté.
Entonces
tienes siempre la razón,
y la vida misma
tiene que confirmarla
paso a paso,
tu maniobra, tu astucia -
ahí vas ordenando
la mente de los tuyos
para que sí, también ellos,
sean parte
de tu ingenioso poder,
sean sirvientes leales
de cuanto te viene en mente.
Te ahogas
en la frustración
de tus numerosas demandas,
pero antes arrastras
a quien está a la mano,
le quitas el aire, la esperanza,
daño sobre daño,
macabro fin
de quien nació años ha
a esta vida preciosa.

Lo tenemos todo.
Día a día
se nos da la vida,
se nos abren puertas
a valle y mar,
a bosques preciosos,
a sentir lo necesario,
a movernos y participar.

No cabe más
que la reverencia profunda,
que la gratitud emocionada,
estos beneficiados
que somos nosotros
de tanta inmensa injusticia
regalada a nuestros pies,
maravilla del vivir,
nunca suficiente
sino siempre más,
días, meses, años,
décadas también
para quien quiera dudar.

Belleza tras belleza:
en niños, en animales,
en hojas, viento y sombras,
en las horas del día,
en la otra persona,
delicias y amor,
en la música del sentir,
bendición terrenal,
más sobre más,
la fuente inagotable.

Trabajaste duro
para destruir tus prejuicios,
para abrirte a lo propio,
para aceptar y admirar.

Cada escrito
era un pedazo de vida,
un ingreso a lo nuevo,
dudando, osando,
blanda e insegura
hiciste tu andar
hacia las fuentes de lo tuyo,
paso tras paso
el camino precioso -
y un día dijiste:
basta, quiero asentar,
profundizar en lo nuevo,
sumergirme y serlo.

Pasaron los meses.
Un día recibí
un nuevo escrito:
que estabas esperando,
que donde no había
ya ninguna esperanza
ahora viene un niño,
y que estabas feliz.

Recordé los días
en que caminaste
desordenada pero humilde
al encuentro de ti,
agradecida de vivir.

Doy gracias,
por estar vivo,
por tener otra ocasión,
por poder seguir viviendo,
a ver si ahora
soy leal con la vida,
con la que me posibilita,
con la que me lanza al tiempo
esta preciosa vez.

Me arrepiento
de tanta arrogancia,
de las astucias miles,
de aprovechar aquí o allá
pensando que ganaba,
de ir por las horas
pidiendo o reclamando,
de no ver lo visible,
de pensar y de no sentir,
de pasar al lado
de niños y animales
sin dar, entender o cuidar,
de mis recelos y temores
frente a todo lo regalado,
me arrepiento
de orgullos y cegueras,
de conveniencias e impacencias,
de creer cuentos.

Miro atrás
y agradezco,
miro hacia mañana
y confío.

Hace días yace
tu oración
sobre mi mesa.

Calor
se desparrama por mi piel,
calor y dulzura, en verdad,
juntas recorren mi superficie,
ablandando y liberando
hacia un sentir
tranquilo y pleno.

Con otros ojos
veo ahora
la realidad que me circunda,
respiro distinto el aire
que en torno a mí
se hace aquí y allá
más brillante, más genuino,
más vivo tal vez.

Mis movimientos
se transformaron,
livianos e inocentes
van al objetivo
o me llevan
a ventana o puerta,
y comparten la tibieza
de mi piel feliz.

Me has contado
tus experiencias recientes
con párpados tranquilos,
con luz en tu cara
y voz clara -
y yo me alegro
que te sepas cuidar.

Es la vuelta a ti,
a tu modo natural,
a que expreses
lo que en ti yace,
ahí esperando
que lo despiertes.

Es soltar el cuento
que en infancia y juventud
te vendieron sin vergüenza
y tú compraste
de buen corazón
y confiando sin dudas.

Es madurar y florecer,
es llevar frutos
y una vez maduros
dejarlos caer,
flores tuyas,
frutos tuyos,
todo lo tuyo
a tu manera y verdad.

Es ver si de ti
se tiñe un poco
lo que te circunda,
de tu intimidad,
la entrega, lo sensible,
libertad y cariño,
las muchas señas
de tu vuelta a ti.

Eras
parte del mercado,
sentías, hacías,
interpretabas, creías,
era tu mundo.

Un día descubriste
el antejardín de tu casa,
ahora tenías dos lugares
para ver y vivir.

Otro día entraste
a tu casa apenas,
pero saliste pronto
a mercado y calle.

Te pedí
que en casa busques
las otras piezas,
la pieza de estar,
tu dormitorio.

Lo hiciste nerviosa,
querías volver a la entrada
y ver afuera
el antejardín, el mercado.

De a poco
te acostumbraste,
comenzaste a querer
tus espacios interiores.

Lo tuyo,
devuelto paulatinamente
a tu mirada, a tu sentir,
aquí, ahora.

Rompí el reloj,
me dijiste con cara maldadosa,
no existe más,
sonreíste cómplice,
ahora siento
el paso del tiempo -
de ganas en ganas,
o madurando lo desconocido
de a poco más intenso,
en la sangre lo siento,
en desarrollos paulatinos,
en medio del presente
un caminar
grandioso, fuerte, transparente,
esfera de mi existencia
en cuyo centro voy asombrado,
riqueza multiplicada
y ahora plena en el sentir.

Destruí la medida,
y voy de luz en luz,
de anhelo en anhelo,
de pena en pena,
mis tiempos llenos
de la verdad de vida
que en mí se expresa,
vertiente inagotable,
flujo precioso,
del día a la noche
y de la noche al día
la experiencia maravillosa,
lugar de residencia, hogar,
aquí adentro.

Y si yo andaba equivocada
creyendo lo que todos creen,
¿por qué ellos no tropiezan,
me preguntaste,
qué es de ellos?

Quizás, te respondí,
hay más sufrimiento allá
que el que se ve,
llantos contra la almohada
o angustia en la ducha,
y aguantan sin esperanza,
o un día, como tú,
se quiebran y buscan -
las personas generosas primero,
las sensibles, las despiertas,
no pueden más.

No lo entiendo, me dijiste,
no lo entiendo.
Claro, yo tampoco,
pero no tienes otra,
o te respetas y te cuidas,
o vuelves allá -
hasta la próxima.

Bajas la mirada.
El camino difícil.

Intuyo
que mañana, un día,
lo aceptarás, humildad y todo,
inocente, como de nuevo,
el camino maravilloso.

En el ir y venir
de nuestro conversar
nombré cosas
esta mañana
que tocaron profundo
en tu alma defendida.

Bajo la sorpresa
te moviste en el sillón,
alcanzaste al té
y probaste un sorbo,
te reclinaste cuidadosa,
buscando, sintiendo,
ya casi aceptando,
de a poco abriendo
lo que estaba cerrado,
una nueva paz
emergiendo como luz
en tu frente abierta.

Te llevé a hablar
de otras muchas cosas
- que nada altere lo ganado -
y el tiempo fue
por avenidas entretenidas
mientras adentro se asentaba
la nueva mirada,
la nueva aceptación,
la comprensión
de lo tuyo.

Cuando te fuiste
creí ver también en tu caminar
la misma luz de tu frente,
asertiva, segura,
la bendita paz.

La enfermedad
te tiene acorralado,
casi con inocencia te presta
al tiempo que corre,
como jugando,
quizás esperando,
te expone y te muestra,
mientras tú, inatento,
imbuido en tus cosas,
ganas horas
que marcan tu perder.

Te di mi opinión
sobre renunciás,
sobre humildad y gratitud,
sobre reverencia y cuidado.

No sé lo que fue.
Pero algo pasó
y me miraste
desde el terror que reina
en tu alma reprimida,
los ojos abiertos
en oscuridad y dolor,
honrados, sufrientes,
preguntando algo,
pidiendo clemencia.

Te mostré un camino,
el tiempo que recibes,
los frutos de la lealtad,
nombré finalmente
incertidumbre y confianza
entre grandes silencios

tuyos y míos.
Con ojos cómplices
me dijiste gracias,
débil, resuelto -
claro,
de nuevo entusiasmado.

La larga historia
de nuestro vulnerable pasado,
siempre de nuevo retomada,
niños tras niños,
los niños de los niños,
nuestros antepasados,
la larga maravillosa historia
ahora visible:
qué milagro
entre tantos peligros,
de madre en niña,
de huérfana en hija
y más allá, en nietas,
nosotros, entonces,
compartiendo con todos,
con nuestros hermanos
en sabana y bosque,
en río y aire,
nosotros,
débiles y graciosos,
creativos y buenos,
a la puesta del sol amantes
o amaneciendo
asombrados y reverentes.
Y de pronto guerra,
saqueo, riquezas, dominio,
miedo y agresión
en el corazón apurado.
O un poco menos duro
en tiempos de paz,
la tensión,
apretado el corazón.
Y tú me pides
que te indique
cómo volver
a la historia de antaño.

Deja de pelear.
A más reconquista
más pierdes.
Renuncia, deja que sea -
que con tanta lucha
te vas perdiendo a ti,
día tras día,
tú a ti.

Llora,
suelta la pérdida,
camina, pinta,
escribe cartas
que a nadie después
enviarás.

Lo que pierdes
aquí en el corazón
constrúyelo invisible
- el sentido -
con cariño,
cuidando,
a nadie ahora asible
en medio de ti.

El niño lo puede
cuando estira el brazo
y alcanza el juguete -
entusiasmado
en medio del mundo
y es uno,
él y juguete.

Nosotros ya no.
Nos engañamos,
hablamos de cosas
que ocurren ahí,
de personas,
dividimos la experiencia
y nos acomodamos,
pero somos nosotros,
y elegimos
lo que calladamente
a nosotros eligió.

Recién
aceptando la unión
logramos a veces ver
un poco de lo otro
y nos sorprendemos -
como niño
que aprende.

Te felicité,
pero sólo sonreíste,
fue por temor que lo hice,
era peor no hacer nada,
la angustia
me estaba matando.

Abandonaste lo conocido,
ciego entraste, confiando,
a lo nuevo,
a posibilidades distintas,
a escenarios de vida
por nadie compartidos
de entre quienes te rodean.

Como un náufrago, cansado,
a quien la ola tiró a la playa,
se yergue apenas,
rodillas blandas,
y camina hacia adelante,
hacia cualquier parte,
alejándose del agua,
ingresaste a lo tuyo.

Ahora vas tranquilo,
seguro de ti, de la vida,
fuerte, despierto,
después de tanto aprender
de quiebre en quiebre,
de tanto cruzar
lo difícil mil veces,
el amedrentado valiente,
y sonrías humilde
cuando se te habla.

Solos,
cuán solos somos,
y lo que vemos
no es más que lo nuestro
hasta que despertamos
un día y cruzamos.

Nuestras maniobras,
las lógicas aprendidas,
los propios intereses
pintando la realidad
que después aceptamos,
ingenuos, engañados
por nosotros mismos.

Solos ahora
pero asumiéndolo,
cargando lo nuestro
como manta cayendo
desde los hombros,
realidad, dignidad,
humilde seriedad,
más enteros,
más profundos,
solos, muy solos.

Del enredo
les nace la violencia,
las acciones malas,
sus muchas consecuencias -
y al lado de sus caminos
arde el incendio del alma.
Creen que insistiendo
en sus prejuicios infantiles
reconquistarán el bien
por los siglos de los siglos.
Y tú ahí en medio,
herida ya,
queriendo creer que exagero,
que distorsiono,
que no puede ser.

Es mi gente,
el mundo que conozco,
donde crecí,
no me digas eso,
¿dónde si no,
cómo,
puedo entonces vivir?

Mi silencio
es elocuente.
Lloras acorralada.
Piensas
leal con ellos
o leal conmigo misma.

No sabes.
Sollozas perdida.

Es grande la tarde.

Oh, los niños,
expuestos a toda dureza
crecen sin embargo
en medio de nosotros
hacia su futuro lejano,
día a día
aprendiendo a jugar
nuestros juegos inverosímiles,
día a día
aprendiendo a negar
sus muchas bondades.
Y los jóvenes, más tarde,
generosos quieren ser,
van y ayudan
al hermano rezagado,
a la muchacha pobre,
construyen, alimentan,
acogen y sirven -
pero sucumben igual
al otro día
de vuelta en su mundo,
sucumben y se esfuerzan
y se imponen.
Y a quienes
les besaron los pies,
antaño, a los meses de edad,
ahora se les teme,
ahora se les sufre,
así como van
en medio de sus juegos
de triunfo en triunfo
conquistando prestigio
para sus almas vacías.

Pero los niños,
los blandos...

Primavera, me dijiste,
es en mi alma,
en mi vida, en todo,
hacia donde miro
hay luz, hay colores,
todo brilla
con recatada felicidad,
y yo camino en medio
de mi alegría, de mi gratitud,
respiro y soy.

Recuerdos casi no tengo
de todo aquello por fin lejano,
de gente, tensión y miedos
- distancia dichosa -
algo mío
se derrama desde mi interior
y llena mi alrededor,
plenitud del corazón
fluye hora tras hora
y cubre cosas queridas.
En las tardes, incluso,
cuando comienza la oscuridad,
prendo una vela solitaria
para que alumbre lo justo
y no se pierdan matices,
preparo un té de manzanilla,
me siento en el sillón
y me dejo sorprender
por la luz
adentro aquí de mí -
sintiendo que querría
ser una artista, una pintora,
una pianista, quién sabe,
y decir de mil maneras:
primavera.

¿Con cuánto menos,
preguntaste al aire,
con cuánto menos
se puede vivir?

Conocí gente, narraste,
que viven con tan poco,
pero hay alegría
en sus caras limpias,
casi no conocen
de lo que está repleto
nuestro mundo práctico,
pero extienden generosos
sus manos simples
señalando hacia uno:
¿en qué puedo servirte?

Con mis riquezas
ante ellos
me sentí mendigo,
avergonzado ando
y busco y no encuentro.

Dime,
¿con cuánto menos
he de vivir?

Trajiste dos manzanas,
a que a mitad de mañana
hagamos un alto.
Nos reímos
de la historia antigua,
y felices las comimos
conversando del camino
que has hecho.

Y hacia adelante,
te pregunté,
¿qué ves?

Me contaste
de inclinaciones,
de preferencias y cariños,
de gustos
y de acciones
cercanas a tu corazón.

Te vi confiada
mirando hacia el futuro,
hacia lo desconocido,
hacia el tiempo
en que podrás
derramar lo tuyo
por encima
de tus circunstancias
y ser.

Agradecí de nuevo
tu manzana,
sonreímos como niños
y nos despedimos contentos.

Descanso en mi sillón,
al frente el otro sillón
está vacío.

La luz invita a decantar,
a pensar sobre
las historias que me cuentan,
los procesos del madurar,
los quiebres muchos,
los cambios dolorosos,
y a ver un renacer aquí y allá,
una felicidad irrepetible,
un futuro más sano.

Siento el placer de estar
en el cruce de caminos
de sus corazones solitarios,
ayudando
a valorar lo propio,
a querer lo dado,
a reverenciar y a agradecer.

La tarde expresa
su naturaleza generosa,
la luz lo reafirma
aquí en el sillón
y afuera en los árboles,
en los montes lejanos.

Paz
se derrama sobre la hora.

EL PINTOR

Con pasos de monje
me acerco a la tabla
preparada ayer,
deseoso de pintar
- al igual que otros -
experiencias santas,
anhelos, sufrimiento,
sino y gracia,
voy urgido a expresar
con líneas serias,
con colores sagrados,
lo que quiero decir,
a ver si logro mostrar
lo que apretado
aquí en el corazón
quiere salir por fin:
la reverencia infinita.

Mi taller
en feliz desorden
lo tiene todo:
telas, papeles, cartones,
óleos, pigmentos, aceite,
pinceles, carbones, lápices,
trapos para limpiar,
incluso para mí
hay taza y tetera,
que en mañanas de frío
no me sienta solo.

Por la ventana amplia
veo la enredadera, unas rosas,
manchas de pasto -
y hacia adentro de mí
veo tanta imagen bendita
que tiene que salir
a superficies dispuestas.

El Profeta

No tiene nada, casi,
así como lo ves,
su ropa, el calzado,
quizás guarda cosas
en algún bolso pequeño,
lleva sólo un palo largo
en su mano delgada,
incluso el perro a su lado
parece no pertenecerle,
así como van amigos
el uno del otro.

No grita, no anuncia,
no culpa a nadie,
no busca acólitos
ni enseña algo.
Va por ahí
con el perro al lado.

Es su vida.
Es lo propio
lo que anticipa,
lo que muestra
la llegada de lo santo,
lo próximo,
lo que en él es
pero en nosotros
aún se anuncia.

Y está en su cara,
en sus ojos brillantes,
la segura luz
de una vida
plena de gracia.

María

María de los suburbios,
de las favelas,
de las poblaciones incontables,
del campo y de la ciudad:
sentada al sol
con el vientre grande
esperando a tu niño dios,
relajada y con el tiempo
madurando tus minutos exquisitos
hacia adelante, hacia el futuro,
tranquila, dulce -
a veces recordando
las locuras con José bendito,
a veces imaginando
los meses amamantando,
tu mano apoyada
y sintiendo la vida
dentro de ti.

No falta la amiga,
la Isabel querida,
que te dice cosas lindas
desde su propia experiencia,
que te da seguridad
y te anuncia
un futuro precioso.
Escuchas y sonríes,
la paz en torno a ambas.

El Paralítico

He sido un hombre
de principios rectos,
claro, justo, veraz.
Pero vinieron los años,
y junto a los años
mi justicia me arruinó,
me encerró en mis ideas
y no supe salir.
Conocí toda vuelta
de cada escritura,
pero en mi corazón
dejé de saber.

Enfermé.

Me dolían las rodillas,
las caderas temblaban,
los codos, las manos
cedían y soltaban,
me acostaron en camilla
y me traían comida.
Un día mis familiares
me llevaron donde uno
que decían hacía milagros.
Por el techo me entraron
entre toda la gente.

Me dijo:

tu justicia ya no vale,
te olvidarás, hermano mío,
de trasgresiones y principios,
ahora eres libre,
anda ahí y ama a tu gente.
Envuelto en su cariño
me levanté y me fui,
la camilla en mis brazos.

El Aduanero

En su vista escondida
ya lo conoces,
cómo ha robado,
cómo, en nombre del rey,
amedrentó y saqueó
y su propia casa enriqueció.

Junto a otros delincuentes
estaba almorzando
cuando entró alguien,
se sentó a su mesa
y conversó con ellos.

Entró más gente,
hubo una discusión,
que por qué
almorzaba con ellos,
preguntaron unos tipos,
y él dijo cosas,
recuerda el aduanero,
que los ricos
no necesitan médico,
creo, o algo así,
entonces unos se fueron
y otros se quedaron.

No quiere contar más,
gira la cara,
quiere terminar e irse.
Pero otro lo retiene,
espera, le dice, aún no,
escuchemos.

Jesús

Llevado por tus ideas
creíste que era correcto,
que era necesario,
y que lo sagrado triunfa.
Acompáñenme, les dijiste,
Simón y Andrés
te siguieron,
también Jacobo, Juan, Levi
y muchos otros.
Comparaste
ingenuidad y cálculo,
cariño y negocio,
escrituras y malas costumbres,
claro,
y lo mostraste:
la plenitud es ahora,
lo sagrado es aquí,
cambien su pensar.
No viste.
Algunos dudaron,
el temor envenenó
sus corazones pusilánimes,
te estudiaron con odio,
prepararon su defensa
y se organizaron.
Había poder que perder,
prestigio y seguridad,
se hicieron señas,
algunos incluso
sonreían en adelantado,
veían con optimismo
tu pronta derrota.

No lo viste.

El Creyente

No fui feliz
con lo que he vivido,
mal me han pagado
los muchos esfuerzos
que a diario hice
por familiares, amigos, extraños,
no vi luz ni alegría
sino una oscura nube
que me oprimió
y me quitó el aire
que necesito para vivir.

En mis anhelos
he descubierto mil soluciones
que ayudarían a un buen vivir -
mas nadie oyó,
nadie se interesó.

Pero
ayer escuché a un santo
que nombraba cosas
preciosas, simples, fuertes:
la fuerza de la fe,
la inocencia, el perdón,
la presencia de dios -
y supe, es él, por fin,
el mesías.

Hoy mi vida es distinta,
luz emana de mi cara feliz,
voy liviano
por los caminos de siempre,
rezando, bendiciendo,
dios a mi lado.

La Mujer Enferma

No supe más de la alegría
antaño, antes que enferme,
todo me era difícil,
la vida se desarmaba frente a mí,
se evadía hacia la nada.
Un día comencé a perder sangre,
doce años atrás, irregular y poco,
pero con los años empeoró,
andaba débil y sin ganas para nada.

Ayer lo vi,
lo reconocí desde mi alma,
supe de inmediato
que en él estaba mi vida.
Me acerqué por entre la gente,
apretaban, resistían, no me dejaban pasar,
pero insistí, rogué, miré a los ojos,
y de a poco avanzaba y ya lo tocaba.

Mientras hablaba giró
y con ello la gente se movió,
aproveché un espacio, alargué el brazo
y lo toqué.

Me remeció su fuerza,
luz golpeó mis entrañas,
sané de vientre y de corazón.

Después me habló delante de todos
- a mí, a mí -
mientras yo tiritaba de miedo
por haberlo tocado:
divinizada me siento ahora,
amada y bienaventurada.

La Niña

Soy la más callada
de entre todos
en mi extraña familia:
todo lo observo
y pienso para mí
cómo son las cosas.
A nadie le interesa
lo que a mí me interesa:
las mañanas luminosas,
los pájaros libres,
el gusto del agua
o los aromas en la tarde.

Me encerré,
no quise exponer
a los amigos de mi alma,
y un día ya quería morirme.
Enfermé, caí en cama,
y en mi familia
todo seguía igual,
quizás yo molestaba.
Cuando creyeron que había muerto
gritaron y lloraron, parece,
vino alguien, según me dijeron,
y dijo cosas.

Algo cambió
en la pieza donde yo estaba,
desperté, sentí algo grande
y pude abrir los ojos.

Igual nadie me entiende,
pero ahora no me ignoran,
mi madre o mi padre.

El Soñador

Mi vida está llena de demandas,
todos quieren algo de mí,
que haga cosas bien y pronto,
no tengo tiempo para nada.

Se me ha enredado el vivir,
no sé como avanzar
con tanta idea cruzada
sobre mi camino ya sin sentido.

De noche he tenido sueños malos,
de pesadilla en pesadilla
cruzo las horas oscuras
y despierto con el pulso corriendo.

Pero hoy soñé bien,
una niña iba por los aires
en su dulzura primaveral,
ingenua y suave, una virgen de luz.

Caí a sus pies y la adoré.
Me sonrió con delicadeza
y en mi corazón se despertó
la plenitud de mi futuro.

Me siento un hombre de mar
llegando finalmente a puerto,
a la ensenada en que construiré
una vida terrenal y santa.

La Esposa

Fui feliz
cuando te nombraron al puesto
que anhelaste asumir
para mejor servir la causa de dios.
Juntos hicimos esfuerzos
para un cumplimiento eficaz
de tu alta responsabilidad.
Pero desde que anda
ese hombre con sus seguidores
merodeando campo y pueblo
tu cara ha cambiado,
llegas tarde a casa,
hay enojo en tu frente
y no quieres comer.
Ando preocupada
porque tu mirada es oscura
y tus labios van apretados.
Ya no me hablas como antes,
parece que piensas mucho,
la luz se ha ido de tus hombros.
Cuando te vas rezo por ti.
Mis oraciones impregnan la casa,
velas, torá, paños,
todo apunta a ti,
a nuestra vida en dios,
rezo y rezo,
a ver si aclaro la sombra
que cayó sobre mesa y cama,
a ver si alejo mis pesadillas
de violencia y odio -
tal vez algún día
tú vuelves sereno y amante,
paz en el corazón.

El Ciego

Llegó el día en que no quise más.

Me retiré de toda bulla,
igual siempre salía perdiendo.

Me aislé, callé, me protegí.

Fui perdiendo el interés
y a la par mi vista.

Siguieron años oscuros
con la mano estirada
a la orilla del camino.

Aquí o allá

había mujeres generosas,

me daban limosna,

me apretaban la mano

o me traían comida fresca.

Pero otros reclamaban,
se mofaban o me despreciaban
y decían cosas.

Mi refugio se transformó,

un día ya fue cárcel,

una cárcel negra

peor que todo lo otro.

Pero David es misericordioso.

Cruzaba gente por delante de mí

y entre ellos un rabino

que escuchó mis gritos,

me habló

de la confianza y de la fe

y le devolvió la luz

a mis débiles ojos.

Y ahora voy en su huella,

confiando y rezando,

mi alma llena de gracia.

El Asno

Mi vida es simple
desde que me separaron
de mi madre:
como el pasto que traen
o a veces recojo
yo mismo lo que crece
a ras del suelo.

Durante muchas horas
me amarran a un palo
para que no me escape,
como si quisiese arrancar,
el dócil que soy.

Ayer vinieron dos
que me soltaron y llevaron
a las afueras del pueblo,
me cubrieron con mantas
y un hombre flaco
se montó con cuidado
sobre mi lomo juvenil,
me pusieron flores en la cabeza
y en torno a mis orejas,
la gente

tendió hojas de palmera
camino a la ciudad
y gritó y cantó.

Cuando me devolvieron
con los míos
me sentía liviano,
los niños me miraban,
indicaban sobre
las flores en el cuello
o sobre mis ojos blandos.

Me trajeron agua
y fui feliz.

El Orador

Me gusta rezar.
Me inunda un sentir
blando y sagrado,
un anhelo espiritual
que surge de mis entrañas
e ilumina mi vida.

Busco palabras
y encuentro necedades,
construyo historias
que son mentiras,
pero en sus imágenes
se entreteje mi verdad:

dar, perdonar, confiar,
entregarse y dar gracias -
casi un sollozo
de alegría y luz,
esta emoción pudorosa
y plena de vida.

Entonces me parece
que todo es santo,
animal y vertiente,
niño, anciano, viento,
noche, sonrisa
y el precioso compartir.

El Obrero

Mi abuelo fue pobre
pero digno en su esfuerzo,
así fue mi padre,
silencioso y trabajador,
en mi casa nada faltó:
pan tuvimos, agua, techo
y su estable presencia.

Hice lo mío
con lo que pude,
y tengo tres hijos vivos
sin contar los que enfermaron
delante de nuestros ojos.

Tuvimos que pelear
para este militar o para el otro,
manchamos nuestras manos
en quienes eran igual que nosotros,
pero con más suerte que ellos
sobrevivimos el mal:
abuelo, padre, yo.

He trabajado sin descanso
mientras el señor de la tierra
construía, cazaba y viajaba.
Por ahí me saludaba de lejos
pero nunca nada cambió.

A veces
tengo tiempo para pensar,
entonces me pregunto si arriba,
en cielos sagrados,
hay justicia y piedad,
si hay una mano generosa
que algún día alcanzará a mis hijos
o a los hijos de ellos
y les hará más liviano el vivir.

Jesús II

Te fuiste apasionando
con el ánimo de toda la gente
que te seguía de pueblo en pueblo,
ibas a todo paso más confiado
que lo tuyo era lo correcto,
que estaban mal los poderosos,
que todo era tan simple.

Y con la confianza
surgió la desmesura, el arrojo,
casi la arrogancia -
limpiaste templos,
proclamaste el futuro
y el peligro lo giraste
a favor de lo que decías.

Claro, te espiaban,
te seguían y hacían preguntas,
no podían entender
las fuentes de tu poder,
el poderoso arraigue en el pueblo,
dudaban, deliberaban,
cada día más desesperados.

Te juzgaron,
pero aún así rechazaron
los cargos falsos.
Sólo cuando te auto-proclamaste
Hijo del Bendito
no hubo más defensa para ti.

Tu fe
- en medio de los tuyos -
te mató.

Jesús III

Unas son las ideas,
otra la vida -
y no siempre van juntas.

Soltaron la crueldad
desde sus corazones incapaces,
cada uno a su manera,
los altos instigando y presionando,
otros lavándose las manos,
militares y truhanes
golpeando, escupiendo y clavando.

El dolor preparó el camino,
el negro pasar de minutos y horas,
lentamente viendo,
lentamente viendo más y más,
y en la oscuridad del sufrimiento
la desesperanza te condujo
a la revelación final:
Eloi, Eloi,
¿por qué me has abandonado?

Moriste gritando
mientras otros se mofaban y reían,
y un capitán cobarde
hablaba tarde por ti.

Hermano,
tampoco nosotros lo hemos resuelto,
- después de tanto tiempo -
aún hoy siguen matando
a los generosos de alma,
a los inocentes, a los buenos,
sin ninguna misericordia.

Las Mujeres

María Magdalena,
María y Salomé
observaron todo lo que ya sabían,
el poder, la crueldad y la muerte.
Aterradas miraron desde lejos
por encima de la gente,
te vieron lentamente morir
desde sus corazones generosos,
ellas mismas muriendo
en sus almas angustiadas.
Sollozaron escondidas,
abrazadas una a la otra
se bañaron en las lágrimas
que fluían sin parar,
sollozos sobre sollozos,
destrozadas por dentro
y mil veces clavadas
a una cruz sin sentido.
Cuando fueron el domingo
con especias y aceites
y tu cuerpo no estaba
les resultó
tan falto de medida
que hayan robado tus restos
que les resultó natural
que hayas resucitado.

Se devolvieron a Galilea
con este consuelo,
caminando de lamento en llanto
y mojando ojos y mejillas,
buenas, simples, blandas,
sufriendo sin fin.

Hacia Emaús

Dos amigos iban conversando
camino a Emaús,
a veces dudando, a veces maravillados,
no queriendo y queriendo creer
que habías vuelto
de entre los muertos.

Se les unió un tercero,
quien hizo preguntas varias
y resulta que, docto y versado,
sabía más que ellos,
y entre pregunta y pregunta
explicaba las escrituras.

Cenaron juntos
pero pronto el extraño se fue.

¡Era él, era él!

Tarde nos dimos cuenta,
tan rápido desapareció.

Dios mío, resucitó,
¡es verdad!

Corrieron los dos a Jerusalén
donde los once y contaron:

¡Vive, vive!

¡Estuvo con nosotros!

Y la nueva se esparció
- maravilla de maravillas -
de creyente en creyente.

Pero el disciplinado agente
del servicio secreto
era el más sorprendido,
no podía creer
en lo que había terminado
su reciente misión.

El Eremita

En mi casa dijeron
que yo estaba loco,
que no era bueno
tener tantas ideas sublimes,
y no me entendieron
cuando les hablaba
de una vida en dios.

Yo tampoco a ellos
pude comprender bien,
nunca supe el valor
de sus muchos afanes,
el apuro, lo correcto
y el miedo
a lo que los otros
pueden decir.

Entonces un día
salí del pueblo
siguiendo las huellas
de gente y camellos,
llegué a las colinas
que ahora nombro mías,
y aquí hice hogar
entre estrellas y arena.

Una roca grande
es mi casa preciosa,
en torno a ella
vivo las horas del día,
y de noche me acuesto
al pie de su tibia pared.

Rezo y contemplo
desde que despierto
hasta tarde en la noche,
inundado por la luz
de mi gran señor.

El Perro

He acompañado
a mi señor
por caminos y pueblos,
verano e invierno,
nunca me alejo mucho,
vuelvo al trote
a su presencia querida
y lo huelo para saber
qué ha pasado
en mi corta ausencia.

Es padre y madre
desde siempre para mí,
me da de comer,
me quiere a palmatazos
y a veces me acaricia
cabeza, lomo o pecho
con su mano generosa.

Dormimos cerca,
pero a veces lo despierto
en medio de la noche
cuando siento peligro,
pero en el sol del mediodía
es a veces él
quien a mí despierta.

Él es todo lo que tengo.

Lo quiero -
y lo espero con paciencia
cuando se hinca y reza
y pasan las horas.

Después
retomamos camino
y vuelvo a correr.

La Luz

Una lluvia de amor y luz
baña mi cuerpo
y me transforma.

Lo que en oraciones
nunca atreví anhelar
ahora derrite mi mente,
da vida a mi vida
y me tiene extasiado.

Claridad bendita
en que anidan imágenes
de mi entorno familiar,
caras, objetos, paisajes,
bondad regalada
sobre mi alma.

A quién agradezco,
a quién doy lo recibido,
esto precioso,
este milagro inmerecido,
esta lluvia santa.

Manos rezando

Me han enseñado
a juntar mis manos
cada vez que rezo.

Así lo hago ahora,
repito la oración
y pido por mi madre,
por mi padre,
por mis hermanos
y por mis cosas,
el perro,
los juguetes,
el lápiz
y mi almohada.

Dormiré
con angelitos
y sus nubes,
y mañana volveré
a crecer y a jugar
junto a dios
que me ama
y me cuida.

Manos rezando II

Junto mis manos
cansadas de trabajo,
curtidas y secas
de sufrir y aguantar
tanto mal innecesario
vertido sobre mi alma
despierta y abnegada.

Junto mis manos
con poca esperanza
que el peso disminuya,
así como voy
de año en año
con carga dolorosa
sobre mis hombros.

Junto mis manos
como antaño de niño,
pero ahora no pido
sino guardo silencio
en mi corazón triste
y ya sin ganas
de ninguna ilusión.

Junto mis manos
y siento el calor que va
como gesto generoso
de una en la otra -
que no se diga
que no sé lo que es
a esta edad avanzada.

El Monje

Ingresé de joven
al convento,
quería llevar una vida
dedicada a dios.

Me mostraron temprano
una lista de virtudes,
la obediencia primero,
y me enviaron a la huerta
a trabajar la tierra,
vides para el vino,
vino para la misa.

Mis dudas
fueron templadas
con sabidurías religiosas:
misterio divino,
oremos juntos,
el tiempo
te dará respuesta.

Me salí del convento
pero no de la vida
dedicada a dios.

Enseño la naturaleza
a niños curiosos,
dibujo con ellos
trozos de sus vidas,
me hago
amigo de animales
y de noche
doy gracias.

Atrás quedaron
adultos y superiores,
he vuelto a la inocencia
que reina
en la gracia de dios.

El Preso

No les gustó lo que dije,
así que enviaron por mí
y aquí al calabozo
me arrojaron con desprecio.

Comparto las sombras
con ladrones y criminales
guardados cerca de mí,
escucho sus gritos,
a veces gemidos o tos.

Cada tantos días
de madrugada
me sacan a la luz
y me golpean.

No que niegue
mis convicciones,
pero si lo hiciese
tampoco habría
instancia de perdón.

He pensado en dios,
si existe o no,
si pedir o no pedir
crea en mí o en ellos
una diferencia -

pero sí sé
que quien soy
sufre,

que doy gracias
por infancia y juventud,
por la salud
de mis convicciones
hoy odiadas y temidas
allí afuera,
y por estar vivo -
aún.

El Renegado

Dijeron dios
en las puntas de la vida,
arriba en el éxtasis,
abajo en las penumbras,
pero rara vez en el medio,
en el diario vivir
de tarea y descanso,
de alegría y pena,
de cariño y dedicación.

Construyeron poder
en torno a dios,
jerarquías de sabios
que sin vergüenza depredaron
a quienes guiaban
por los santos senderos.

Más puntas menos dios,
más misterios más maldad.

Pero
en las tranquilas horas
de mi vida
simple y pareja
brilla una luz
divina y amplia
que hace de todo
una alta catedral.

El Muchacho

Mis expectativas
me hacen temblar
entre el miedo al rechazo
y las ganas de todo,
amada linda.

Avanzo de a poco
suaves caricias
sobre tu piel desplegada
frente a mi vista
atormentada
por amor y fuerza -
lentamente más seguro
hacia más y más,
como obediente
desplegando la dicha
de ser aceptado,
de unirme a ti,
más, más,
ola espiritual
que nos lleva comprometidos
a través de la hora sagrada,
más, más,
baile sublime
de dos amantes serios -
y después
sonriendo felices,
casi incrédulos,
plenos de gracia.

El Artista

Limpio mi alma
como si fuese un cuenco,
separo y alejo tanta cosa
que ha caído en su interior,
palabras, ideas, afanes,
el vasto repertorio
de estrategias humanas.

Y ahora es como un cáliz,
un cáliz humilde
en que se despliega
de a poco madurando
un sentir ingenuo,
una tendencia ascendente
de vida pudorosa
- espiritual en su claridad -
lentamente hacia arriba
más y más,
convencida de sí,
ser y querer
íntimamente entrelazados,
emoción terrenal,
esta luz maravillosa.

Como gran pregunta
están mis herramientas,
mesa, estantes, ventana,
a ver si algún día lo logro,
si la sabré expresar,
la vida, sagrada
en su natural intimidad.

